

LA MORAL SIN METAFÍSICA.

PROBLEMAS DE MORAL SOCIAL,
PAR M. CARO, DE LA ACADEMIE FRANÇAISE.—PARIS, 1876.

No es poco frecuente que los hombres prácticos desprecien el poder de las ideas. Las novedades del pensamiento son miradas como imaginaciones de hombres ingeniosos más que como nuevas fuerzas arrojadas sobre la tierra. Y sin embargo, nada es más cierto que las ideas gobiernan el mundo, y que cualquier cambio en las altas regiones del pensamiento pronto se deja sentir en los límites de la vida práctica, y la modela por nuevos y variados modos. Los derroteros del mundo y las antiguas formas de moral y religion parecen fijadas desde un punto de vista comun — y felizmente hay una poderosa tendencia conservadora en todas las convenciones sociales;—pero aún bajo el punto de vista del hecho; las relaciones más prácticas de la existencia humana se hallan bajo su directa influencia lo mismo que las más altas especulaciones filosóficas. Esta es la venganza que la filosofía toma por el abandono en que la tienen las inteligencias vulgares. Poco á poco tambien va cambiando estas inteligencias á su propia semejanza. Las ideas al principio se reciben con sospecha y aún con menosprecio; adquieren de grado en grado ascendiente y gravedad desde el más alto hasta el más bajo nivel del pensamiento, hasta que comienzan á prestar color y direccion á todas las corrientes de la vida. Las opiniones que parecen puras abstracciones especulativas se ve que mueven el mundo por nuevos caminos, y con frecuencia cambian sus costumbres más arraigadas. La simple excentricidad en la opinion pasa, pero el poder del pensamiento alcanza siempre su término.

Difícilmente puede dudarse por nadie que en nuestro tiempo no son las puras imaginaciones las que obran, sino los buenos y grandes pensamientos. Aquellas se desvanecen y se olvidan, pero éstos se van gravando lentamente en la conciencia de los tiempos, y operan cambios de la mayor importancia para la sociedad. Estos cambios aparecen visibles especialmente en lo que toca á la religion. La antigua idea de la religion basábase principalmente sobre la autoridad del dogma, que definía y explicaba el mundo sobrenatural y su accion sobre

el nuestro. Ciertas nociones de Dios y de la Inmortalidad, y del carácter infalible de ciertos libros que anunciaban ó contenían la revelacion de estas nociones, se aceptaban generalmente, y en conformidad con ellas se obraba. Y hasta aquellos que disputaban la legitimidad de tales nociones, como los deistas del siglo pasado, enseñaban ó mantenían por su parte ciertas definiciones que pretendían sustituir á la religion comunmente aceptada. Proclamaban una religion con los principios de la misma que combatían, aunque un poco restringidos. Si es verdad que negaban ciertas doctrinas del cristianismo como la Trinidad, la Expiacion y la autoridad Divina de la Biblia, todavia creían en Dios como Creador y Conservador del mundo, y que la voluntad Divina convertida en providencia era la regla de sus inteligentes criaturas. En suma, las ideas fundamentales de un Autor Divino de la Naturaleza y una Divina Providencia quedaban aún en pié, y Butler, escritor bien conocido, escribió su famosa obra *Analogía de la Religion con la constitucion de la Naturaleza*, reconociendo estas ideas y las consecuencias favorables que él suponía envolvían para el Cristianismo.

Mas el moderno espíritu de negacion avanzó mucho más de lo que había avanzado en el último siglo. Característicamente es un espíritu distinto, y la diferencia quizá no pueda expresarse mejor que por el uso de una palabra que se ha generalizado: *Cognoscibilidad*. Más allá de la esfera de la vida presente y de sus variadas experiencias nada se reconoce sabido ni existente con seguridad. El conjunto de experiencias que la vida produce en sus más altos como en sus más bajos momentos se toman como hechos ó una acumulacion de hechos que deben analizarse, clasificarse y coordinarse; pero las antiguas inducciones basadas sobre esto hechos para el conocimiento de una más alta esfera de la existencia en relacion á la cual sólo podían ser inteligibles, se rechazaron como desautorizadas. Los dogmas que trascienden de la experiencia y conducen á hacernos conocer el mundo invisible se consideran como meras inspiraciones y conjeturas, plausibles por otra parte, pero incapaces totalmente de verificacion en las frases bien conocidas de la moderna nomenclatura científica. Esta manera de pensar es ahora tan comun que apenas es necesario presentar ejemplos de ella. Se encuentra, como suele decirse, *en el aire*. Todo lo

que pertenece al orden de la *experiencia* se admite por completo. Todo lo que va más allá se rechaza ó se ignora. Si puede salir una religion de los hechos de la experiencia, puede admitirse. Pero no hay palabras bastante irónicas para una religion fundada sobre las antiguas ideas metafísicas de un Dios Personal ó de un espíritu distinto de sus manifestaciones en el mundo presente. Esta es la idea más general y más característica que sirve de raíz á la moderna incredulidad. Pero la idea afecta muchas formas, algunas de ellas profundamente dogmáticas en su negacion. Miétras lo que se denomina *experiencia* es el punto de apoyo de todo, algunos se satisfacen con afirmarlo simplemente y dejar á la religion vivir en su esfera propia. Otros no quedan contentos hasta que han convertido sus doctrinas de la experiencia en una nueva religion. Y aquí todavía aparece una nueva diferencia entre aquellos que la fundan sobre una base cósmica y los otros que la levantan sobre una base humana y experimental; entre aquellos, en fin, que pueden llamarse especialmente Positivistas y aquellos otros que, á falta de mejor nombre, pueden ser llamados Moralistas.

Aquella situacion científica que separa por completo á la religion, nos parece la más firme de estas modernas negaciones. Existe, segun nos dicen, cierto orden cósmico que puede verificarse por la ciencia y es nuestro deber satisfacernos con este orden. «¿Para qué molestarnos por alcanzar asuntos de los que, cualquiera que sea su importancia, nada sabemos y nada podemos saber?... Para el cumplimiento de nuestros deberes en esta vida son necesarias tan sólo dos creencias: la primera, que el orden de la naturaleza puede ser conocido por nuestras facultades en una extension que no puede limitarse prácticamente; la segunda, que nuestra voluntad desempeña algun papel como condicion en el curso de los acontecimientos. Cada una de estas creencias puede verificarse experimentalmente tantas veces como se quiera.» (1). Esta es la más recta como tambien la más clara y más honrada actitud de la escuela materialista. Las leyes de la naturaleza y de la vida son verificables. Nuestra obligacion es conocerlas y someternos á ellas, y despues llegar á saber que nuestra voluntad es uno de los elementos colectivos de la naturaleza y que es necesario la hagamos marchar siempre en conformidad con el incesante juego de las leyes cósmicas, de las que formamos parte. Este es el genuino Positivismo, por más que no satisfaga á los defensores de la llamada Religion Positiva. Al mismo tiempo es el único y genuino Cognoscible. Si lo cognoscible tiene alguna fuerza sobre todo,

esta fuerza debe ser absoluta. Cierra la puerta para siempre, si no á los sentimientos religiosos, por lo ménos á todo culto.

Es una pura impertinencia del morbosos intelectualismo decirle al hombre por una parte que no existe un sér superior á él, y por otra que su instinto más elevado es el de la adoracion. Si creemos que no hay Dios, lo más honrado es decirlo. Algo que lleve el nombre de religion puede sobrevivir, pero todo lo que se refiera al culto religioso es simplemente una burla, pues el adorador no sólo no ofrece á nadie incienso, sino que se lo prodiga á sí mismo.

La situacion de la escuela ética experimental es más interesante, si no más firme. Al igual que los simples físicos, esta escuela ignora y desprecia toda metafísica, pero hace arrancar su código de la experiencia, del estudio de la vida y de la conducta humana más que de las leyes y los hechos del cosmos. Sostiene con energía la realidad de los fenómenos morales y el valor y la belleza de los más altos aspectos de la vida. Sería mucha injusticia hácia esta escuela el no reconocer cuánto se eleva sobre el puro materialismo. Como sus hermanos, esta escuela nada dirá sobre las cuestiones finales. Pero los hechos de la experiencia moral son para ella más grandes que los demas. La vida humana en toda la sublimidad del sentimiento y del heroísmo no forma ménos una parte del mundo que las leyes mecánicas más bajas que rodean y regulan esta vida. Estas sublimidades acaso no sean más que maravillosas trasformaciones de las leyes mecánicas; probablemente no serán otra cosa, pero aquí, al ménos, existen y deben tenerse en cuenta lo mismo que los hechos más sensibles. Aún más; estos son los hechos característicos de la humanidad; y la religion—la única religion de que el hombre es racionalmente capaz—consiste en su reconocimiento y afirmacion. No es una conclusion sacada de los hechos, es el conocimiento de los mismos hechos. De Dios mismo, lo que Él sea y si Él es todo, jamás podremos saber nada. Mas lo divino se revela á nosotros en estos más altos momentos de la vida. El Ideal, todo el Ideal que nosotros podemos conocer, es el que vistumbramos en ellos. Y el verdadero ateo no es el hombre que niega la existencia de Dios, sino la realidad de esta moral ideal revelada por la experiencia.

«Los juicios teológicos y metafísicos hacen á este Ideal existir por sí mismo. Dios es para ellos una Persona Suprema que exige y es digno de adoracion. Mas la experiencia nada sabe de una Suprema Persona ó gran Causa primera. Todas estas imaginations vienen de una excesiva retorsion del razonamiento y por abandonar la observacion de la direccion actual del pensamiento humano y el curso

(1) Discurso del profesor Huxley sobre *La base física de la vida*.

de las palabras usuales.» (1) La única salvación consiste en mantenerse dentro de la experiencia. La metafísica puede ser buena ó mala dentro de sí misma, pero nada tiene que partir con la religión y la moral. La religión ya no es «una teoría de la vida, sino tan sólo un modo de dirigirla prácticamente. Aquella se sostiene por sí misma; no necesita de teorías, que después de todo no son madres de la religión sino sus hijas, y que han sido inventadas para explicar una cosa que existe antes que ellas y que sin ellas puede muy bien continuar existiendo. El razonamiento (ó la especulación metafísica) no puede aumentar la realidad y la autoridad de las experiencias de las cuales arranca la religión; son originales y se bastan á sí mismas.» (2)

Nada es quizás más curioso entre las diversas fases de la incredulidad moderna que la aparición de esta escuela ética experimental representada entre nosotros por Mathew Arnold, y que ha sido expuesta de un modo sistemático por una nueva escuela de teólogos en Holanda. La consigna de ambas es la misma «religión y moral sin metafísica.» Se admite la importancia de la religión y se asegura con firmeza el valor de la moral. Pero la metafísica no es más que una sombra, ó por lo menos es tan vaga, oscura y contradictoria en sus principios, que se encuentra fuera de toda situación práctica de la vida humana. No contiene una sola proposición en que todos los filósofos convengan ó hacia la cual se incline al menos la balanza. Por esto es preciso que la autoridad religiosa y la unidad moral se busquen en otra dirección, y la única base sobre la cual ha podido hasta aquí fundarse es la de las ciencias experimentales. Sabemos lo que experimentalmente podemos verificar, y nada más.

Nadie hay que conociendo la historia del pensamiento deje de comprender cuán grave es la cuestión que nuevamente se levanta sobre una base más amplia y más extensa. La autoridad de la religión, en casi todas las formas históricas, ha sido la autoridad de un Poder invisible (una Voluntad oculta), capaz de recompensar al bueno y de castigar al malo. La unidad moral se ha visto en los actos de esta Voluntad que se deja conocer por algunas leyes ó revelaciones. Ha sido, en resumen, un Poder sobrenatural ó metafísico legislando en los reinos invisibles como en los visibles, y que ha echado los fundamentos de la moral y de la religión. El temor de este Poder, obrando sobre el espíritu humano, es el que dirigió y reguló toda la conducta humana. Por eso el arrancar de la mente la idea

de tal Poder y sustituirlo por una simple generalización de la experiencia, ora sea bajo la forma de una ley cósmica ó de una idealizada y glorificada Humanidad, envuelve una verdadera revolución del pensamiento. Ya sabemos que los Positivistas religiosos piensan tan poco en desvanecer esta idea, que precisamente la consideran como eje de su titulada religión. Según el mismo Comte, «la religión consiste primeramente en colocar al hombre bajo la influencia de algún Poder exterior provisto de una superioridad tan irresistible, que no deje lugar á ninguna incertidumbre (1). Pero esto es simplemente uno de esos engaños de la nomenclatura piadosa que la religión positiva nos ofrece de un modo tan abundante, un girón arrancado de la vestidura del Catolicismo, con el que se complace en adornarse ante la admiración de todas las personas sensatas. El «Poder Eterno» de Comte es sencillamente en su propio y peculiar lenguaje «el total desenvolvimiento de aquella noción primaria de la biología ortodoxa, la subordinación necesaria de todo organismo al medio en que vive. Esto es, el entronamiento de la Casualidad á la cabeza del Universo (todo lo distinto que puede ser de la Suprema Voluntad ó Persona de la religión histórica). Consideramos una burla á la vez funesta y ridícula usar del antiguo lenguaje de la religión para dignificar estos sueños de un materialismo enfermo. Si no existe una Inteligencia oculta entre el hombre, autora de su ser y guía de su vida, dejemos entonces que se desvanezca el antiguo lenguaje, y dejemos al hombre comprender que es una criatura hija de las circunstancias y de la adaptación del organismo al medio que le rodea, sin jugar, siquiera sea elocuentemente, con las palabras muertas de la antigua fe y adornarse con sus gastados ornamentos.

Es innegable que el gran fundamento de la moral y de la religión ha sido hasta aquí entre las naciones de la Historia el reconocimiento de una Inteligencia que se halla á la cabeza del universo y cuyo pensamiento y voluntad eran la única y verdadera luz de la razón y de la conducta humana. La valla de tal inteligencia es una idea metafísica y nada más. Presupone una esfera más allá de lo físico, más allá de todo lo que es mero resultado de causas naturales, cualquiera que sea su clase. Verificable ó no, racional ó no, esta es la idea católica de Dios, y es un abuso real del sentido y del lenguaje usar la palabra con otra significación.

La intención de todas nuestras modernas escuelas es borrar este significado y sustituirlo por una simple generalización de los hechos que nos rodean ó que se producen dentro de nosotros mismos; ge-

(1) *Literatura y Dogma*, por Arnold, pág. 55.

(2) Tomamos este párrafo notable de una interesante disertación sobre la teoría ética de la experiencia. De *ethische Richting*, de la moderna escuela holandesa de teólogos.

(1) *Politica positiva* de Comte, citada por M. Harrison en la *Contemporary Review*.—1875.

neralización que, aunque difiere en todas las escuelas, es bajo este punto de vista lo mismo en todas. La religión, cualquiera que sea su forma particular, debe ser colocada fuera de la comunicación personal de espíritu con espíritu; y la moral no debe fundarse en el reconocimiento de una voluntad más alta que examina y juzga nuestras acciones, sino en el acuerdo de las experiencias elaboradas y organizadas por la ciencia. Debe confesarse que el sistema científico de moral se encuentra todavía en los rudimentos. «No existen definiciones exactas. Aún estamos en el comienzo de este orden difícil de investigaciones. Pero el principio de que la ciencia, en el mismo sentido que la tomamos cuando hablamos de la química ó de la fisiología, debe ser también nuestro único guía tratándose de moral, se ha establecido ya sin vacilación. No se acepta ninguna distinción de esfera al pasar de los fenómenos de la naturaleza á los fenómenos de la voluntad. Por muy extraordinario que parezca, estos fenómenos pueden considerarse como la última transformación de las grandes fuerzas naturales, luz, calor y electricidad, pasando á través del misterioso tejido de nuestro sistema nervioso. La conciencia representa solamente la última etapa en la evolución ascendente. No tiene realidad independiente ni leyes distintas. Cae también con todos sus accesorios bajo el imperio de la fuerza que regula toda la naturaleza. El libre albedrío se desvanece como un sueño, y el mundo moral, en su verdadero aspecto, no es más que la última forma y la más alta potencia del sistema cósmico.»

Según M. Caro, de quien tomamos los últimos pensamientos, se está operando un lento pero irresistible cambio bajo la influencia de estas ideas. Por una serie de argumentos científicos no muy suficientes, juzga la conciencia humana debilitada y cediendo á una crisis cuyo resultado nadie puede prever. A esto atribuye el origen de tantas paradojas como paulatinamente se van considerando verdades. Los hechos se elevan á la altura de los principios. La idea de fuerza sobrepasa á la de derecho. El número se entiende como la razón final de las cosas y el único órgano de la justicia. Se niega la responsabilidad moral, y el derecho penal se estima como una usurpación social. La sanción religiosa desaparece como una idolatría, y el progreso se reduce á un sistema fatal de evolución, interpretada en un sentido puramente industrial. El destino humano consiste solamente en el perfeccionamiento de la especie. Ninguna perspectiva más alta tiene el hombre emancipado de la quimera de un mundo invisible y de una existencia futura.

La intención de M. Caro en el volumen que tenemos á la vista, es estudiar, como él dice, este movimiento invasor de la ciencia física dentro del

dominio de las ciencias morales, y especialmente de la moral social. La nuestra es seguir por algún tiempo á M. Caro en sus estudios.

Nuestro autor comienza exponiendo con claridad las pretensiones de la ciencia de la «moral independiente.» En Francia, lo mismo que entre nosotros, estas pretensiones se proclaman en alta voz. Todas las novedades del pensamiento pasan rápidamente, aquí como allí, desde las escuelas á la sociedad. Las más atrevidas conjeturas de los hombres científicos, que en muchas de ellas no manifiestan otra cosa que un espíritu investigador, pasan directamente á los gabinetes populares de lectura y á los salones; convirtiéndose así en asuntos de moda. Muchos que los ventilan no conocen en realidad nada de ellos. Así como la moda de algún tiempo consistía en ser ortodoxo, ahora consiste en ser heterodoxo y precipitarse á toda clase de extremos. Para los hombres verdaderamente pensadores hay pocas cosas más intolerables que esta moderna charla de los salones sobre la audacia de una especulación irreverente. M. Caro sufre con esto como muchos otros. Una multitud, dice, cuyas opiniones no tienen ningún valor científico, ha dado una boga efímera á la llamada teoría científica de moral. El programa de tal teoría lo expone de este modo en boca de sus defensores:

«Lo que realmente divide á los hombres, dicen ellos, es el furor de dogmatizar sobre objetos que realmente son inaccesibles y quiméricos. La moral es lo único que puede unir á los hombres, pero bajo la condición de que se emancipen de toda creencia religiosa y metafísica. Sólo dará una base firme y católica á la moral el que sus principios se desprendan, no de los sistemas, sino de la conciencia natural. Entonces los indios, los cristianos y los mahometanos cesarán de tener ideas peculiares sobre la moral y de sofocar la voz de la naturaleza bajo un cúmulo de preocupaciones religiosas. La ética, separada de toda concepción extraña, llegará á ser una ciencia en el mismo sentido que las ciencias físicas ó exactas. Una vez asentada sobre los mismos fundamentos que la geometría, alcanzará la misma precisión. Un Positivista, un Ateo, un Espiritualista, á pesar de las divergencias filosóficas que los separan, pueden tener el mismo concepto del derecho y del deber como lo tienen de número y espacio. Que se fije este concepto, y llegará á ser la prenda de paz entre los hombres. Abandonemos la esfera de las contradicciones y se reconocerá por todos una esfera común y neutral de la moralidad. Esta será el santuario inviolable de la conciencia, el refugio de la humanidad fatigada con vanos esfuerzos y ansiosa de luz y de paz.»

El sueño es hermoso. Tócanos á nosotros averi-

guar si puede realizarse. ¿Es posible realmente establecer una teoría ética separada de todo concepto metafísico sobre el origen y el destino del hombre? ¿Existe paralelo completo entre la ciencia ética y la ciencia de la geometría? Estas son las preguntas que M. Caro se dirige á sí mismo. Mas ántes de entrar en ellas intercala una digresion con el objeto de mostrar más claramente que la novedad verdadera de esta moderna doctrina no consiste en separar la moral de la religion, sino la moral y la religion de la metafísica. En su mismo país, juzga que la popularidad de esta teoría se ha derivado de su supuesta tendencia antiteológica. Cualquiera ataque dirigido á la Iglesia ó á la teología dominante, encuentra muy pronto numerosos defensores, y es indudablemente esta presunta situacion de la teoría la que la presta en Francia su principal elemento de popularidad. Pero no es este en realidad el original ni el más importante elemento de la teoría, como prueba nuestro autor extensamente.

El intento de construir un sistema de moral filosófica separada de la teología, léjos de ser una novedad, ha sido emprendido con mucha frecuencia desde Sócrates hasta nuestros días. Hasta en la Edad Media, cuando la teología parecía absorber todas las esferas del conocimiento, sin dejar plaza para el desenvolvimiento de una ciencia independiente, no es muy raro el tropezar con afirmaciones serias de una moral nata y esencial. Con palabras elocuentes, que recuerdan los acentos más bellos de Ciceron, Tomás de Aquino proclama esa ley natural de la verdad, en la cual todos los hombres convienen. Y desde el comienzo del siglo XVIII la ética, ó sea la teoría de las virtudes naturales y sociales, ha ocupado un sitio bien definido entre las ciencias filosóficas. Nadie en la actualidad, excepto aquellos más extremados y fanáticos teólogos, se atreverían á negar la legitimidad de esta ciencia. La novedad esencial de la escuela moderna no consiste, segun esto, en la separacion de la moral y la religion, sino en el intento «de separar la ciencia moral de todas las demas ciencias filosóficas, y en constituir la como ciencia sustantiva, arrancándola todo elemento metafísico ó derivado de la pura razon; en hacerla, en suma, una ciencia positiva, como la geometría y la mecánica, y establecerla sobre la base exclusiva de la experiencia.» Esta es la nota característica de la escuela moderna. Pretende desterrar todo elemento filosófico, lo mismo que todo dogmatismo religioso, y no colocar la idea de Dios ni en la cima ni en la base de su doctrina moral. Todo concepto de un orden metafísico, ó que tenga un origen racional, debe ser proscrito. Y esto no es sólo producir una cuestion grave en sí misma, sino avanzar hasta un punto

que no tiene precedente en la historia de la filosofía.

A duras penas prueba M. Caro la novedad de esta doctrina. No encuentra precedente de ella en la ética de Aristóteles, ni en la de los Estóicos, ni en la de Kant, aunque todos estos nombres hayan sido invocados en su favor. «La ética de Aristóteles descansa sobre su psicología, y su psicología se relaciona estrechamente con todo su sistema filosófico. Su tratado del *Alma* es ininteligible para aquellos que no hayan penetrado en los principios generales de su *Física y Metafísica*. Además, ¿quién no echa de ver que el *fin* lo es todo en la teoría ética de Aristóteles, que este fin se identifica con el bien, y que el bien sólo consigue su término en el acto *por excelencia* en que se consigue nuestra semejanza con Dios, conduciéndonos de este modo por diferentes caminos al principio trascendente de la moral Platónica, el *Ὁμοίωσις τῷ Θεῷ*» Y así, en esta forma encuentra tambien poca dificultad en probar cómo el principio estóico de la *viva conformidad con la naturaleza* consistía realmente en vivir de acuerdo con el orden divino ofrecido en la naturaleza y revelado á la razon. En cuanto á Kant, ¿qué moralista es más elevado en sus aspiraciones, ni más severo en sus principios, más rigurosamente científico, y por lo mismo más independiente en el verdadero sentido de la palabra? Y, sin embargo, nadie se opone más á la escuela moderna en su reconocimiento claro de la ley moral y de la autoridad de la razon. El principio de esta escuela es enteramente empírico, mientras el de Kant es completamente racional. En los grandes sistemas de la filosofía alemana que él inició, la idea religiosa es constantemente el indispensable coronamiento de la moral.

El concepto de Dios, si no es la raíz y fundamento de estos sistemas, siempre se encuentra en su cima. Y en la ética de Kant especialmente este concepto, con los de inmortalidad y de ley, forman el punto de apoyo de esta gran moral filosófica, que es todo lo contrario de la de la escuela moderna, para la cual el desconocimiento de Dios y de la vida futura son las condiciones de toda accion desinteresada. Los únicos puntos que tienen de comun son ciertas fórmulas acerca del respeto debido á la libertad y á los derechos del individuo. Mas en los principios y en el método ofrecen una radical divergencia.

El fundador verdadero de la escuela moderna en Francia, segun nuestro autor, es M. Proudhon, en su famoso libro *Justicia en la Revolucion y en la Iglesia*. Las proposiciones fundamentales de la escuela se encuentran aquí presentadas con la severa lógica que caracteriza al escritor. No habiendo cumplido la Iglesia su gran mision de fundar un reinado de

justicia, á la Revolucion pertenece el llevar á cabo esta tarea; y para este propósito, comienza negando las antiguas ideas de religion y filosofia como gastadas é inútiles. La metafisica ha sido el cómplice vergonzoso de las fábulas eclesiásticas. Por eso era necesario establecer la realidad de un sentido moral separado del pensamiento de Dios, natural ó revelado. Toda nocion de un Protectorado trascendental debe abandonarse. La justicia debe descansar sobre sí misma como un hecho, y sobre nada más. Y no basta desterrar simplemente la idea de Dios, sino toda idea *a priori*, y libertar por completo á la conciencia humana de toda clase de servidumbre mística.

La oposicion entre las dos teorías puede expresarse muy bien por la antítesis que sugiere el lenguaje de M. Proudhon, la *inmanencia* y la *trascendencia*: la primera fija el principio del derecho en el hombre mismo, y la última en Dios ó en una razon universal. El abandono serio de una esfera trascendental de cualquier clase que sea, ora consista en una pura idea ó en un Dios, y el intento de fundar la moral y la libertad sobre una base exclusivamente experimental, constituye la verdadera originalidad y el interes de la nueva escuela.

El desenvolvimiento de la escuela se relaciona estrechamente con el de la filosofia positivista. De hecho, no es otra cosa que un aspecto del desarrollo de la misma tendencia de pensamiento. La prodigiosa fecundidad de las ciencias físicas en nuestro tiempo ha excitado la ambicion de extender su método al dominio total del conocimiento y traer los hechos morales como físicos á su esfera de accion. Así como el positivismo recoge los hechos generales de todas las ciencias, los coordina, los generaliza y llama á este *conjunto* de resultados sistemáticos una filosofia, así Proudhon y sus discípulos, tomando el gran hecho de la libertad humana y analizándolo, pretenden encontrar en él una verdadera teoría del deber moral. Bajo otro punto de vista tambien la semejanza es bien patente. El positivismo se ha vanagloriado de que se mantiene en una estricta imparcialidad entre las diversas tendencias del pensamiento. No reconoce como sistema ni al materialismo ni al espiritualismo. Léjos de suprimir el ejercicio de la imaginacion y de la fe, á entrambas les da toda libertad; lo que hace es trazar una linea bien definida en torno de los límites de la ciencia. Todo lo que se halle fuera de los hechos de la experiencia es incognoscible en el sentido científico. ¿Pero qué es esto realmente sino identificar la region de la fe y de la imaginacion con la region del absurdo y desterrarla para siempre de la esfera del conocimiento? La pretendida neutralidad del positivismo es, pues, una ilusion. Si reconoce el aspecto espiritual de la vida humana, es únicamente como

un sueño subjetivo sin ninguna realidad absoluta ú objeto que le corresponda. De la misma manera la nueva escuela ética pretende ser neutral entre las opuestas escuelas del pensamiento; pero su posicion fundamental ya la coloca desde luego del lado del materialismo. Es imposible limitar nuestras miras á los puros actos de conciencia y negar el legítimo valor de estos hechos para constituir una esfera más alta, sin caer de lleno en las regiones del materialismo.

Pero es necesario examinar las pretensiones de esta nueva escuela con más cuidado. Pretende seguir el método de las ciencias exactas y no admitir nada en su credo que no sea verificable en el mismo sentido que lo son las verdades de la geometria ó de la mecánica. La ruina de la metafisica consiste en que sus principios no admiten verificacion, porque no son más que sueños del individuo. No pueden establecerse sobre la base universal del hecho. Mas una verdadera ciencia moral debe descansar, lo mismo que la ciencia geométrica, sobre hechos y leyes universalmente admitidos. En la geometria no surgen cuestiones sobre la naturaleza de la voluntad, ó sobre la naturaleza de la razon ó sobre la existencia de Dios. Lo que hace simplemente es tomar la idea de extension que se encuentra en la mente humana, estudiar esta idea y razonar sobre ella. De aquí hace salir una ciencia perfectamente distinta y completa con axiomas propios y definiciones.

No hay cuestion acerca de si el *espacio* debe concebirse *á priori*, segun Malebranche, ó como una pura abstraccion de la forma exterior de las cosas. La ciencia es la misma para todas las inteligencias. No es ni idealista ni sensualista. Es simplemente geometria. Todo esto lo admite M. Caro, como todos deben admitirlo; pero aquí la verdad no descansa sobre el sujeto. Realmente no puede existir paralelo entre la geometria y la ética. La una trabaja sobre un concepto abstracto que puede aislarse enteramente y examinarse por sí; la otra trabaja sobre una realidad compleja y viva, sobre el hombre y no sobre una de las formas de su pensamiento aisladas arbitrariamente de las otras. Por esto, es imposible separar la ética, como la geometria, de otros estudios y hacerla independiente. Las relaciones éticas del hombre se extienden á un lado y á otro sobre todas las demas relaciones de su sér, y son condicionadas claramente por los resultados de estas relaciones.

Es completamente imposible negar esto, y la nueva escuela admite la íntima conexion que existe entre la psicologia y la ética. No excluye de ningun modo la psicologia, sino tan solo la metafisica. Examinemos, dice, todos los hechos de la mente, pero no vayamos más allá de estos hechos. Pero esto es

simplemente disfrazar el carácter del problema y llevarlo un poco más lejos. Los hechos de la inteligencia son distintos según el diferente concepto que tenemos de la misma inteligencia, de su carácter esencial y de su origen. «¿Quién no sabe que hay una psicología espiritualista y una psicología materialista radicalmente distintas? La teoría de la razón, por ejemplo, que es una teoría psicológica, ¿es lo mismo en Locke que en Leibnitz? La teoría de las pasiones, ¿es idéntica en la escuela positivista y en la teológica?» La verdad es que las ciencias filosóficas se hallan íntimamente relacionadas y dominadas todas por la metafísica, y que la ética especialmente de todas saca principios y todos los elementos de la naturaleza humana toca.

Por esto se diferencia completamente la ciencia moral de la geometría ó de cualquier otra ciencia positiva. Su objeto es el hombre en la totalidad de sus facultades como un ser social, y no bajo un solo aspecto de su pensamiento ó experiencia. La ciencia moral es de hecho «la ciencia de la vida humana en su concreta plenitud idealizada, la ciencia en la cual todos los elementos complejos de esta vida encuentran su ley, su fin y su armonía.» Pero la ética no difiere tan solo en la naturaleza de su objeto, sino también en la clase de certidumbre. El no poder verificar sus principios á la manera de las ciencias positivas, lejos de ser un defecto, se basa en su carácter esencial. Sus verdades ó leyes son tan seguras en su género como todas las demás verdades; pero no son ni demostrables como las de la geometría, ni capaces de verificarse experimentalmente como las leyes de la física. Siempre llevan consigo un elemento personal. Los principios morales más sencillos arrastran dificultades en la aplicación y una multiplicidad de circunstancias que no dejan duda sobre ellos, pero sin la impersonal y clara seguridad que es propia de las demostraciones científicas.

No pueden comprenderse por todas las inteligencias del mismo modo. M. Caro añade varios argumentos para probar esta diferencia, que no necesitamos repetir, porque están señalados dentro de la atmósfera intelectual y literaria en que vive. Presenta el ejemplo de que los moralistas científicos se encontrasen en un conflicto de deberes, donde la ciencia se viera entre dos alternativas. «En tal caso, dice, ¿pretendéis imponer vuestra interpretación como la sola, justa y verdadera? El hecho solo de que la conciencia vacila indica la necesidad de discusión. Y esta necesidad basta para distinguir la ciencia moral de una ciencia exacta y positiva. Es una ciencia sin duda, pero de otro orden, y su certidumbre no puede ser la de un teorema de Euclides ó la de un principio de Arquímedes.» Las cuestiones metafísicas del *ser* ó del *fin* se encuen-

tran en la raíz misma de toda ciencia que tenga por objeto al hombre. Y toda teoría moral lleva consigo la resolución de tales cuestiones ó el intento de resolverlas. Aquellas que parecen encontrarse más lejos de ellas, obedecen realmente á su inspiración y se encuentran animadas por alguna tendencia metafísica á menudo de las más atrevidas y audaces. Bueno es hablar de independencia, mas en esta esfera no puede haberla absoluta; las raíces de la moral y de la razón han penetrado demasiado en la conciencia humana.

Nuestro autor cuida de indicar que no pretende con esto identificar la ética con una teoría metafísica especial, con la teoría, por ejemplo, de Aristóteles en cuanto á la materia y á la forma, ó la de Leibnitz en cuanto á las mónadas. Lo que quiere significar simplemente, es que todos los problemas morales descansan sobre una base metafísica. La psicología, la lógica, la ética, el círculo de las que él llama ciencias filosóficas, presuponen cuestiones primordiales, las cuales no pueden separarse de ellas ni aislarse. Su sombra las oscurece constantemente y es necesario disiparla. Usa de la palabra metafísica, según dice, únicamente porque no hay otra para expresar lo que quiere; pero lo que él significa con ella no es un sistema especial de ideas, sino más bien el conjunto de creencias primitivas que, transmitidas de generación en generación y mezcladas con la misma sustancia del pensamiento humano, han llegado á constituir una parte tan integrante de nuestro ser espiritual, que no podemos desprendernos de ellas sin gran esfuerzo y violencia. Resultado de los más notables instintos de nuestra naturaleza en parte, y en parte de nuestras más altas ideas religiosas y finas especulaciones, han llegado á ser la atmósfera espiritual dentro de la que la inteligencia humana vive y se mueve. Según esta «metafísica espontánea,» como M. Caro la denomina, la moral se distingue del orden físico, y los actos humanos son completamente distintos de los puros movimientos mecánicos. Las leyes finales no pueden medirse por generalizaciones de la experiencia, ni el derecho por la fuerza. Una causa moral é inteligente se halla en el interior de toda existencia, que es la que solo puede explicarla. La gran pirámide de la metafísica ha resistido á todos los esfuerzos que se han hecho para derribarla. El ridículo de la ciencia, la burla de la crítica, y la ruina de los sistemas la han dejado intacta.

(Concluirá).

(Trad. de la *Edinburgh Review*, por A. P. V.)

EL COMANDANTE VILLAMARTIN

Y SUS ESCRITOS MILITARES.

VI. *

RAZONAMIENTOS EN DEMOSTRACION DE LA EXISTENCIA DE LA CIENCIA DE LA GUERRA É INTUICION FILOSÓFICA QUE APARECE COMO RASGO CARACTERÍSTICO DEL TALENTO DE VILLAMARTIN.

Hemos extractado con bastante extension los argumentos fundamentales que presenta Villamartin para probar la existencia de la ciencia de la guerra, transcribiendo largos párrafos de su folleto, y de este modo se podrá juzgar al propio tiempo de su estilo como escritor y de sus ideas como pensador filosófico. Por no pecar de prolijos, renunciaremos á seguir extractando la serie de razonamientos en que Villamartin confirma y ratifica la tésis que mantiene, ya mostrando los enlaces de los conocimientos militares con las ciencias morales y políticas, ya recordando los pensadores que se han ocupado del estado de guerra como fundamento del estado social, tal como hizo Hobbes, y de los filántropos que han buscado los medios de llegar al ideal de la paz perpetua, como el abate Saint-Pierre, ya indicando las tareas de los escritores científico-militares como Flavio Vegecio, el italiano Luis Blanch y nuestro marqués de Santa Cruz de Marcenado; razonamientos y citas en que se halla de manifiesto la erudicion de buena ley que poseía el autor del folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias*.

La afirmación de que el conocimiento de la ley de la guerra, de que el conocimiento del hecho de la guerra, considerado en su fundamento permanente y en sus transitorias manifestaciones históricas, constituye una verdadera ciencia, que pertenece al grupo de las llamadas generalmente ciencias morales y políticas, es aún en España, en 1876, doce años despues de la publicacion del folleto de Villamartin, una novedad *alemanesca*, que apenas halla defensores entre los pocos militares que en nuestra patria se ocupan de la parte teórica de la profesion de las armas. Así vemos que el brigadier Almirante, en su notabilísimo *Diccionario Militar*, há poco tiempo publicado, al llegar al artículo: *Guerra*, desoyendo las opiniones de los *alemanes* Willisen y Rustow, que afirman la existencia simultánea de la ciencia y del arte de la guerra, escribe lo siguiente, con la firme conviccion del que cree formular una proposicion axiomática: «Resueltamente la guerra no es ciencia exacta ni tampoco inexacta. No es *ciencia*, y puesto que autores prusianos son los que nos han metido en este atolladero de *ciencia* y de *arte*, agar-

rémonos para salir de él á otro del mismo país, hoy tan en moda, y que, no por parecer ya algo viejo, deja de ser respetable.» Y á seguida de estas palabras, el Sr. Almirante trascribe algunos párrafos de la *Táctica de las tres armas* del coronel Carlos de Decker, donde aparece que el escritor prusiano, preguntándose si la direccion de la guerra y la táctica son artes ó ciencias, se contesta diciendo que son *artes*; pero á renglon seguido afirma, que cada arte se compone de tres elementos, una parte *científica*, que puede aprenderse, otra parte *técnica*, que también se puede aprender, y una tercera parte propiamente *artística* (que nosotros llamariamos *intuitiva*), que es un don de la divinidad, y es la que constituye los grandes artistas, cuyo genio individual es la norma infalible de sus inmortales acciones.

Se ve, pues, que el *prusiano* Decker no niega la existencia de la ciencia de la guerra, puesto que el arte de la guerra tiene una parte científica, que sería imposible si no existiese una ciencia en que se fundase; y que lo único que se limita á afirmar es una verdad universalmente reconocida, á saber: que no basta el conocimiento de la ciencia de la guerra para ser un gran general, como no basta el conocimiento de las reglas de la versificacion para ser un gran poeta.

Ponemos aquí término á estas consideraciones acerca de la existencia de la ciencia de la guerra, pues como dice el comentador de Polibio, el caballero Folard, *se oscurece la evidencia cuando se emplea el tiempo en defender lo innegable*; y además, porque lo dicho basta para hacer patente que Villamartin, por *intuicion filosófica*, y ya explicaremos esta frase, se adelantó á sus contemporáneos, viendo con maravillosa claridad lo que aún hoy mismo, más de dos lustros despues de publicado su folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, aparece velado por las nubes de lo imposible á inteligencias tan perspicaces como la del autor del *Diccionario Militar* y de la *Guía del oficial en campaña*, el eruditísimo brigadier de ingenieros D. José Almirante.

Hemos hablado de la *intuicion filosófica* de Villamartin, queriendo significar en esta frase que no se busque en el folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, ni tampoco en las *Nociones del arte militar*, un sistema filosófico por la reflexion ordenado, ni una serie de principios fundamentales sistemáticamente enlazados; no, Villamartin *adivina* mucho más de lo que *sabe*; Villamartin tiene la *intuicion* del artista, pero esta intuicion es tan poderosa, que se remonta hasta las más encumbradas regiones de la metafísica, y allí, negando la posibilidad del conocimiento de la *primera causa*, coincide con la *Crítica de la razon pura* de Kant y con la teoria de lo *incognoscible* de Herbert-Spencer, y afirmando que

* Véase el número anterior, pág. 397.

la guerra es un hecho natural y permanente, que la ley de la lucha es la ley de la vida, llega á su pensamiento, á la síntesis formulada por Hegel, la eterna lucha de oposiciones, la tésis y la antítesis, cuyo desenvolvimiento constituye la creación universal.

Adivinar intuitivamente lo que no se sabe por meditada reflexión; presentir la verdad del porvenir, este es el privilegio del genio artístico; y hoy que el pensamiento neo-kantiano aparece como la última manifestación de la ciencia europea, el espíritu científico de los libros militares de Villamartin, que puede calificarse como un hegelianismo kantiano, muestra con innegable evidencia la poderosa intuición filosófica de su autor, las adivinaciones, las verdaderas adivinaciones del inspirado entendimiento que concibió aquellos libros.

VII.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS DEL COMANDANTE VILLAMARTIN, SEGUN APARECEN CONSIGNADAS EN SU HOJA DE SERVICIOS.

Mostrado ya por el exámen de los dos principales escritos del comandante Villamartin cuán altos son sus merecimientos como tratadista del arte de la guerra, vamos ahora á dar aquí algunas breves noticias acerca de su nacimiento y vida militar, valiéndonos principalmente de los datos que aparecen consignados en su hoja de servicios, los cuales hemos procurado completar con toda la exactitud que nos ha sido posible.

Nació D. Francisco Villamartin en Cartagena el día 23 de Julio de 1833. Fueron sus padres el capitán de infantería D. Bruno Villamartin y la señora doña Segunda Ruiz. Ingresó de cadete en el Colegio general militar en 24 de Enero de 1848, y después de aprobado en los exámenes reglamentarios, ascendió á subteniente de infantería en 4 de Julio de 1850.

Fué destinado el subteniente Villamartin al regimiento de Gerona, que se hallaba de guarnición en Vitoria; después pasó al de Saboya, y al poco tiempo volvió al de Gerona, donde se hallaba cuando tuvo lugar el alzamiento nacional de 1854, prestando el servicio de guarnición en Madrid, y al ascender á teniente por la gracia general en aquella ocasión concedida, continuó en el mismo regimiento. Destinado este regimiento de guarnición á Barcelona se halló Villamartin en los hechos de armas que tuvieron lugar en dicha ciudad desde el 18 al 22 de Julio de 1856; y después de haber defendido valerosamente el cuartel de San Pablo con 20 soldados que á sus órdenes tenía, recibió una herida de bala en la pierna derecha; por todo lo cual fué recompensado con el empleo de capitán.

El capitán Villamartin solicitó y obtuvo pase al

ejército de la isla de Cuba; se embarcó en la fragata española *Margarita*, que salió del puerto de Barcelona el 19 de Abril de 1857, y desembarcó en la Habana el 21 de Mayo del dicho año.

Tres años residió Villamartin en la isla de Cuba, prestando el servicio de guarnición en la ciudad de Santiago de las Vegas, hasta que regresó á España, y fué destinado al ejército de la Península, á causa de serle dañoso para su salud el clima de la gran Antilla.

En los primeros meses del año 1861 fué destinado el capitán Villamartin al regimiento infantería de Toledo, núm. 35, que se hallaba de guarnición en Madrid; y en medio de las fatigas del servicio de tropa, fué cuando halló tiempo de escribir y publicar las *Nociones del arte militar*. Poco después de la publicación de este libro, en Marzo de 1863, fué destinado Villamartin al batallón cazadores de Arapiles; y en Enero de 1864 pasó á desempeñar la plaza de oficial de negociado en el Consejo de redención y enganches.

Sirviendo en este último destino, publicó Villamartin su notable folleto *Napoleon III y la Academia de ciencias*, y la *Historia de la orden militar de San Fernando*, que vió la luz pública formando parte de la lujosa *Historia de las Órdenes de caballería*, que dió á la estampa por los años de 1864 el editor Sr. Dorregaray.

Hasta el mes de Mayo de 1865, la única recompensa que había obtenido el capitán Villamartin, por virtud de sus merecimientos como escritor militar, había sido el nombramiento de caballero de la orden de Carlos III. En el dicho mes y año se le concedió el ascenso á comandante, como premio al autor de las *Nociones del arte militar*, quedando en situación de reemplazo, en la cual permaneció hasta el mes de Febrero de 1866, en que fué nombrado jefe del detall de la Escuela de tiro; cuyo cargo desempeñó hasta Mayo de 1868, en que fué destinado de ayudante de órdenes del capitán general D. Manuel Pavía, marqués de Novaliches.

Al llegar los acontecimientos del mes de Setiembre de 1868, sabido es que el marqués de Novaliches fué nombrado general en jefe del ejército destinado á combatir á las tropas que habían levantado la bandera de la revolución, y á cuya cabeza se hallaba el capitán general duque de la Torre. Libróse entre los dos ejércitos la famosa batalla de Alcolea, cuyo éxito decidió el inmediato triunfo de la revolución, y en la cual quedó gravemente herido el general marqués de Novaliches.

El comportamiento del comandante Villamartin en este hecho de armas sin duda alguna debió ser tan notable, que el general en jefe le concedió el empleo de teniente coronel sobre el campo de batalla; empleo que no llegó á ser revalidado por el

partido que había obtenido la victoria, pues en las luchas civiles la razón y el derecho parece que están á merced del mudable viento de la fortuna, y así ha dicho con triste verdad un poeta contemporáneo:

Que en luchas tales,
Los vencidos son traidores,
Los vencedores leales.

Durante los largos meses en que el marqués de Novaliches estuvo retirado en un pueblo y ocupándose del cuidado que exigía la curación de su grave herida, Villamartin permaneció constantemente al lado suyo, continuando en el desempeño de su destino de ayudante, hasta que, privado el marqués de su categoría de capitán general por haberse negado á prestar el juramento político que decretaron las Cortes Constituyentes, quedó en situación de reemplazo, en la cual permaneció hasta el día de su muerte, acaecida en Madrid en la casa de la calle de San Vicente alta, núm. 47, á las ocho de la mañana del 16 de Julio de 1872.

El comandante D. Francisco Villamartin estuvo casado con la señora doña Clotilde Lagoanere, en cuyo matrimonio tuvo una hija, que murió en los primeros años de su niñez. La viuda de Villamartin también murió al poco tiempo de haber acaecido el fallecimiento de su esposo.

Para terminar estos ligeros apuntes biográficos del comandante Villamartin, transcribiremos aquí las brillantes notas de concepto que aparecen en su hoja de servicios, las cuales ponen de manifiesto la alta estimación que merecía de sus inmediatos jefes superiores. Dicen así: *Valor*, acreditado: *Aplicación*, mucha: *Capacidad*, mucha: *Conducta*, buena: *Puntualidad en el servicio*, mucha: *Instrucción en táctica*, sobresaliente: *En ordenanzas*, sobresaliente: *En procedimientos militares*, sobresaliente: *En detall y contabilidad*, sobresaliente.

VIII.

LAS IDEAS POLÍTICAS Y LA CONDUCTA MILITAR DEL COMANDANTE VILLAMARTIN.

Antes de entrar en la espinosa cuestión que nos proponemos tratar en este capítulo, vamos á transcribir aquí una nota que aparece en la página 431 de la segunda edición de nuestro libro, *Letras y Armas* (Madrid, 1874), en la cual, ocupándonos de los ascensos militares por méritos políticos, escribimos lo siguiente:

«En los turbados tiempos que alcanzamos, se ha presentado frecuentemente ante nuestra consideración reflexiva un problema de moral militar, cuya solución nos parece por extremo dificultosa. Hé aquí este problema: Dado, y no concedido, que el militar tenga derecho en alguna rara ocasión para

alzarse en armas contra el gobierno constituido, ¿puede admitir honrosamente grados y empleos como premio de su conducta? Parécenos fuera de duda que si los capitanes de artillería D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde hubieran sobrevivido á la famosa jornada del Dos de Mayo, y en premio de su desobediencia á las autoridades militares que legalmente mandaban en Madrid, y á las cuales obedecieron todos los cuerpos de la guarnición; si por este acto de indisciplina hubieran obtenido rápidos ascensos en su carrera, su patriotismo parecería harto dudoso, y no se alzaría el monumento del Prado matritense, como eterno tributo á su inmortal heroísmo. La sangre del mártir de la patria borró la mancha del militar que había faltado á sus deberes legales.

»No se deduzca de lo dicho que el militar sólo puede justificar la rebeldía á las autoridades legalmente constituidas mediante el sacrificio de su vida; no en verdad; pero sí que nosotros nos inclinamos á creer que la renuncia á todo medro personal, obtenido como recompensa de sublevaciones militares, sería el primer paso de regreso hácia la reconstitución moral del ejército español. Y sin embargo, nosotros que exponemos aquí esta opinión; nosotros que hemos *practicado* lo que ahora *escribimos*, no teniendo más empleo ni grado que el que nos corresponde por rigurosa antigüedad en el cuerpo de artillería donde servimos; nosotros mismos encontramos razones valederas en pró de la necesidad de conceder y de admitir ascensos militares por méritos políticos. *Es una verdad amarga, pero es una gran verdad*, que la política en España absorbe todas las actividades de la vida presente, y el ejército ha venido á ser, por una serie de ineludibles circunstancias, un elemento esencialmente político. Las parcialidades políticas tienen sus generales y sus coroneles, que ejercen mando cuando el partido á que pertenecen está en el poder, y que están de cuartel ó de reemplazo en los días, ó meses ó años en que *su partido* está en la oposición.

»Esta división anti-militar reconoce como causa la necesidad que tiene todo gobierno de contar con el apoyo de la fuerza pública, y la de que sólo puede obtener la seguridad de este apoyo, confiando los mandos militares á generales y jefes que sean adictos á la política que representa. Dadas estas lamentables circunstancias, el militar que toma parte en la política y se niega á aceptar ascensos, priva al partido á que pertenece de los servicios que pudiera prestarle en mandos superiores, que quizá llegan á ser desempeñados por personas que faltan á la confianza que el gobierno en ellas deposita. Resumiendo: en el estado de confusión intelectual en que hoy se halla la sociedad europea, y singularmente la sociedad española, cabe considerar como

exacto aquel título contradictorio de una de nuestras antiguas comedias: *No siempre lo bueno es bueno*: y cuando se llega á esta conclusion, la inteligencia vacila, surge la duda, y en todo problema moral aparecen soluciones opuestas que perturban la conciencia y quizá preparan el camino de totales y absolutas negaciones. ¡Plegue al cielo que así no sea!»

Hasta aquí lo que nosotros escribimos en 1871. Ahora bien; esta perturbacion moral que nosotros lamentábamos en aquella fecha; estos problemas sin solucion que aparecen ante la conciencia militar de los que procuran ó hemos procurado vestir con honra el uniforme del ejército español, sólo pueden desaparecer cuando se comprenda por todos que la fuerza pública es tan sólo una parte del organismo del Estado; que sus intereses están identificados con los intereses generales de la nacion, y que debe desaparecer la diferencia y aún el antagonismo que existe entre el *soldado* y el *paisano*, pues las instituciones armadas deben constituir la totalidad de la nacion, considerada en su estado de fuerza. Hasta que llegue á realizarse esta racional aspiracion de la ciencia política, la conducta militar del comandante Villamartin debe presentarse como un modelo digno de ser imitado, por cuantos deseen conservar incólume el tesoro de su honor personal, entre el revuelto oleaje de nuestras discordias civiles.

Las ideas políticas de Villamartin eran por extremo avanzadas. Republicano por conviccion, y algun tanto socialista por ese sentimiento que excita en todo corazon generoso la continua contemplacion de la miseria en que viven los desheredados de la fortuna, sus ideas y sus sentimientos parece que le llevaban á figurar entre esos militares revolucionarios, que en algunas épocas, no lejanas, han sido proclamados como héroes populares y libertadores de su patria. Bien es cierto, que muchos de estos héroes y libertadores han sido despues el más fuerte dique contra los excesos de la demagogia, que, segun dicen, amenazaba destruir, hasta en sus cimientos, la inmejorable sociedad que hoy constituimos los felices hijos del siglo XIX.

Villamartin no fué nunca ni libertador de su patria, ni salvador de la sociedad, pues creyó que si bien tenía libertad para poder discurrir acerca de la organizacion que debía tener el Estado y las instituciones sociales, su deber militar consistía en obedecer al Gobierno constituido, cualquiera que fuese su significacion y su tendencia política. Por esta causa, el pensamiento de Villamartin estaba del *lado de allá* y su persona del *lado de acá* del puente de Alcolea, en la batalla que decidió el triunfo inmediato de la revolucion de Setiembre. Nosotros mismos hemos leído una carta de Villamartin, dirigida á una persona de su familia, donde despues

de hacer alguna breve consideracion sobre la batalla de Alcolea y de manifestar que el general marqués de Novaliches le había concedido el ascenso á teniente coronel, indicaba las dudas que tenía de que el gobierno revolucionario le confirmase dicho ascenso, y á pesar de esto, terminaba expresando la satisfaccion que sentía por el triunfo de la idea liberal, que en aquel entonces se hallaba simbolizada en la revolucion de Setiembre.

Si el ejército español hubiese comprendido siempre sus deberes militares como los comprendía y practicaba el comandante Villamartin, muy otro sería el estado político y social de la España contemporánea. Al terminarse la guerra de la Independencia y regresar á España el rey D. Fernando VII, no hubiese sido posible destruir el régimen constitucional, que desapareció por una sublevacion militar, realizada en provecho del absolutismo teocrático. Una vez establecido el gobierno absoluto, respetando el ejército el gobierno *de hecho*, que es el único criterio claro y evidente para la práctica de la subordinacion militar, no se hubiese realizado el alzamiento de las Cabezas de San Juan; pero no creemos que fuese un daño para el progreso de la idea liberal en España, el que hubiesen desaparecido de su historia los tres años de cándidos delirios, que precedieron á la invasion de los cien mil soldados franceses que acaudilló el duque de Angulema.

Y viniendo á tiempos más cercanos, ¿hubiese sido dañoso para el progreso de la idea liberal el que, no habiéndose realizado el *pronunciamiento* militar de 1840, la mayoría de la reina doña Isabel II se hubiese realizado en la época que la Constitucion marcaba, sin pasar por las perturbaciones de la regencia del duque de la Victoria? Si así hubiera sucedido, al declararse la mayoría de Isabel II y dejar la regencia la reina madre doña María Cristina, el partido progresista hubiese aparecido unido y compacto para influir en la gobernacion del Estado; pues no habría tenido lugar su division en *ayacuchos* y *coalicionistas*, que produjo el pronunciamiento militar de 1843, y dió el triunfo al partido moderado por espacio de diez años.

No queremos seguir el exámen histórico de las varias y repetidas insurrecciones militares que han tenido lugar en nuestra patria desde el año 1854 hasta el día en que estas líneas escribimos; pero fácil nos sería demostrar que, en último término, el progreso de la libertad en nuestra patria sin la intervencion de las sublevaciones militares, aún de aquellas que se han realizado con la bandera de la revolucion, habría conseguido triunfos más seguros, y sobre todo más permanentes y definitivos que los que hasta ahora ha alcanzado.

Acertadamente procedía el autor de las *Nociones*

del arte militar, cuando, á pesar de sus avanzadas ideas políticas, prestaba siempre su obediencia al Gobierno que *de hecho* existía en su patria, pues si bien así no alcanzaba medros personales y murió sin pasar del modesto empleo de comandante, en cambio jamás podrá ser incluido en aquella acerba censura que dirigía D. Antonio Benavides, desde la cátedra del Ateneo de Madrid, á ciertos militares españoles, diciendo que en la España contemporánea la libertad la traía y la llevaba el ejército, *pronunciándose ó despronunciándose*, según lo tenía por conveniente.

Villamartin, felicitándose del triunfo de sus ideas políticas, cuyo triunfo le ocasionaba la pérdida de un ascenso en su carrera, por haber cumplido fielmente lo que, según su juicio, constituye el deber militar, es un ejemplo de abnegación, digno de loa en toda época, y más aún en la presente, donde el desapoderado afán de medros personales suele ser la constante norma que rige la conducta de muchos de nuestros héroes y celebridades contemporáneas.

IX.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA INTRODUCCION DEL «COMPENDIO DEL ARTE DE LA GUERRA» DE JOMINI, REFERENTES AL ASUNTO DE QUE SE TRATA EN ESTOS APUNTES CRÍTICO-BIBLIOGRÁFICOS.

Al leer la introducción que puso al frente de su *Compendio del arte de la guerra* el barón de Jomini, sentirá sin duda alguna todo militar español profundo y verdadero disgusto. Allí verá juzgadas las obras de los más ilustres escritores militares del primer tercio del siglo presente, y mencionados los nombres de Lloyd, Bulow, La-Roche-Aymon, Toppelhoff, el archiduque Carlos de Austria, Carrion-Nisas, Xilander, Muller, Gay-Vermon, Jacquinet de Presle, Bismark, Decker, Luis Blanch, Clausewitz, Okounef, Rocquancourt y algunos otros; y notará desde luego que ni un libro, ni un nombre español ha conseguido venir á ocupar un puesto en aquella reseña de la literatura militar contemporánea.

¿Habrá cometido una injusticia el general Jomini omitiendo los nombres de los tratadistas españoles del arte de la guerra del primer tercio del siglo XIX? No en verdad, pues triste es confesarlo, la patria de los primeros escritores militares de los siglos XVI y XVII, en el comienzo de la presente centuria carecía casi por completo de literatura militar. Un erudito hubiese podido recordar al general Jomini tal ó cual libro de milicia publicado en España en aquella época, como, por ejemplo, el *Diccionario Militar*, del conde D. Federico Morretti (Madrid, 1828), ó *El soldado católico en guerra de religion*, del P. Fr. Diego José de Cádiz (Madrid, 1814); pero ciertamente que estos libros y algunos otros que citar pudiéramos sólo constituyen la prue-

ba, y de ningún modo la negación, del aserto que ántes hicimos. Quizá una sola obra militar española, publicada en 1829, tenía suficiente mérito para que su exámen debiera ocupar un sitio en la reseña bibliográfica de que estamos tratando. Nos referimos á los *Elementos del arte de la guerra*, que publicó durante su emigración en Londres el general D. Evaristo San Miguel.

Acaso se podrá preguntar qué relación guarda con el asunto origen del presente escrito el recuerdo que acabamos de hacer de la introducción con que comienza el *Compendio del arte de la guerra* del barón de Jomini, y la contestación será muy sencilla. Nosotros hemos querido hacer constar el estado de decadencia en que se hallaba la literatura militar española en el primer tercio del siglo presente; decadencia que continuó aún por algunos años más, y que aún hoy mismo puede decirse que apenas si existen algunas señales del renacimiento de aquel espíritu á la vez científico y militar, que constituyó la gloria de nuestras armas en los siglos XVI y XVII; poniendo así en evidencia el gran mérito de las *Nociones del arte militar* del comandante Villamartin, las cuales forman un tratado didáctico de milicia que sin duda alguna puede compararse, y según nuestro juicio, que ya en otro lugar dejamos razonado, es superior á los mejores que han aparecido en el extranjero en la presente centuria; y la valía de este tratado didáctico es debida únicamente al singular ingenio de su autor, pues siendo superior al nivel intelectual del pueblo y tiempo en que apareció, se halló privado del apoyo que presta á toda concepción del entendimiento individual, el estado de la cultura histórica de la sociedad en que se produce.

Es un hecho innegable que al lado de las obras militares de primer orden que en este siglo han aparecido en Alemania y en Inglaterra, en Francia y en Italia, la patria del marqués de Santa Cruz no podía colocar ni un libro, ni un nombre, hasta el día en que vio la luz pública las *Nociones del arte militar*, del entonces capitán D. Francisco Villamartin. Con razón decía el ilustrado autor de las biografías de los *Capitanes ilustres*, D. Manuel Juan Diana, que si en la bella literatura hubiese aparecido una obra cuyo mérito fuese tan grande como el que en su género avaloraba á las «*Nociones del arte militar*» de Villamartin, se hubiera producido una explosión de entusiasmo nacional.

Una señal, ya que no una prueba, de la importancia científica del libro de Villamartin es el aprecio que ha alcanzado entre los escritores militares de allende el Pirineo. En efecto, véase el *Spectateur Militaire*, en su número correspondiente al mes de Marzo de 1874, donde aparece un juicio crítico de las *Nociones del arte militar*, firmado por Mr. de

Larclause, en el cual, despues de calificar de notable la obra de Villamartin y de exponer detenidamente sus principales teorías, termina diciendo:— «Sería de desear que este tratado de arte militar fuese traducido al frances, para que estuviesen al alcance de nuestros oficiales sus valiosas enseñanzas.»

El general Cluseret, en su conocida obra *Ejército y Democracia*, cita con respeto el nombre de Villamartin, si bien combate algunas de sus apreciaciones acerca de la existencia de los ejércitos permanentes. Y, por último, hace muy poco tiempo, en el mes de Julio ó Agosto del presente año (1876), el *Boletín de la reunion de oficiales*, que se publica en Paris, se ocupaba con elogio de la parte histórica del libro de Villamartin.

Parécenos que con lo expuesto en este capítulo, hemos confirmado plenamente la afirmacion que hicimos al comenzar estos apuntamientos biográficos, acerca del sobresaliente mérito que resplandece en los escritos didácticos del comandante Villamartin.

LUIS VIDART.

(Concluirá.)

ORÍGEN Y DESARROLLO DE LA CONCIENCIA MORAL SEGUN G. GROTE.

Con el título de *Fragments on ethical subjects* se ha publicado recientemente en Inglaterra una pequeña coleccion de opúsculos de Georges Grote sobre la moral (1). El autor de estos fragmentos no los había preparado para la publicidad; parece que sólo ha escrito los cuatro primeros para fijar su pensamiento sobre el papel á medida que tomaba consistencia, ó quizá como apuntes para la composicion de una obra importante sobre la filosofía de la moral. Se hubiera podido censurar á un autor vivo que ofreciera á la atencion de lectores competentes una obra á la cual no hubiese dado la última mano; pero se deben acoger con más benevolencia los escritos de un autor que ya no existe y que ha merecido durante su vida un lugar muy distinguido entre los pensadores más eminentes de su tiempo.

El primer fragmento, titulado *Orígen y naturaleza del sentimiento ético*, es un análisis psicológico preliminar, destinado, á lo que parece, á presentar el estudio de las ideas morales del mundo helénico ántes de Sócrates; pero falta este estudio, á pesar de estar anunciado al principio del fragmento.

El segundo, titulado *Filosofía de la moral*, pro-

fundiza la idea analizada en el primero. El autor demuestra en él cómo la conciencia propia del agente es un producto de la opinion social, y cómo los motivos subjetivos del agente se sustituyen á los motivos objetivos primitivamente dados en la sancion de la sociedad.

En el tercer fragmento, *Antiguos sistemas de filosofía moral*, el autor examina la idea madre de las filosofías morales de la antigüedad, el *summum bonum*, el bien del agente; y demuestra la necesidad de comprender en esta nocion la del bien general, que es la base de las distinciones morales.

El cuarto, *Idea de una filosofía ética*, es el más largo. Es el estudio del sentimiento de la obligacion moral en el niño y en el origen de las sociedades. El autor hace ver cómo ese sentimiento se aumenta con el de la reciprocidad entre el agente y la sociedad, es decir, con la idea del derecho. Describe el origen del sentimiento de aprobacion y desaprobacion moral; explica cómo ese sentimiento se une á los actos mismos, independientemente de las consecuencias actuales ó lejanas, y cómo los sentimientos de la obligacion y de la reciprocidad social se idealizan para convertirse en la conciencia moral racional.

Otros dos fragmentos, uno sobre moral y otro sobre la política de Aristóteles, y un corto prefacio de M. Bain, completan el volúmen de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores.

I.

Para George Grote, el sentimiento ético ó la conciencia moral es un producto del estado social, es un resultado complejo de la sancion que la sociedad presta á la observancia ó á la no observancia de las prescripciones que impone, á fin de asegurar su bienestar propio, segun la idea que ella se forma. Más adelante podremos dar una definicion más exacta bajo el punto de vista psicológico. A pesar de las innumerables diferencias de lugar y de tiempo, el sentimiento ético ofrece siempre y por todas partes un fondo comun, ó sea la obligacion para el agente de seguir cierta linea de conducta á la cual se relacione indisolublemente, como sancion, la aprobacion ó la desaprobacion del cuerpo social. Hé aquí lo que se puede llamar la forma del sentimiento ético; la materia de este sentimiento se compone de las diversas creencias morales de las sociedades.

Una parte de la materia del sentimiento ético es comun á todos los tiempos y á todos los lugares, es decir, que la sociedad ha unido siempre y en todas partes una sancion á ciertas prohibiciones y á ciertas prescripciones sin las cuales dejaría de existir. Además, el sentimiento ético tiene por objeto, siempre y en todas partes, desarrollar y ani-

(1) *Fragments on ethical subjects*, by late George Grote F. R. S. being a selection from his posthumous papers. London, Murray, 1876.

mar la inclinación á la benevolencia que existe entre los miembros de una misma sociedad, y establece en el espíritu un tipo de conducta al que cada cual debe arreglarse, sea cual fuese ese tipo.

Aquí es donde empieza la diferencia. El catálogo de los actos loables, sin hablar de las disposiciones, difiere de un estado á otro de la sociedad, de una época á otra. En todas partes hay actos considerados culpables ó virtuosos, honrados ó vergonzosos, malos ó buenos. El vocabulario del elogio ó de la censura es el mismo, pero la nomenclatura de sus objetos cambia según los tiempos y los elementos. El hombre virtuoso de una época puede no serlo según el tipo aceptado en otra época.

Desde el momento en que se ve en el sentimiento social el primer motivo de la determinación moral, todo se explica en los sentimientos éticos, las semejanzas lo mismo que las diferencias. La forma es la misma: es el juicio externo, cualquiera que sea, del juez que contempla el agente, y que lo forma inspirándose en su amor por lo que procura el bien, y en su odio por lo que procura el mal. La materia difiere: la línea de conducta recomendada ó impuesta por el sentimiento ético, en tal ó cual tiempo, en tal ó cual lugar, es la que recomiendan ó imponen las creencias ó las preocupaciones, cuya formación se remonta á la misma época en que se constituyó el sentimiento ético. Si el espíritu no encontrase más que hechos cuyo apreciación no envolviese error, sus juicios sobre lo que produce el bien y lo que produce el mal, es decir, sobre lo que es de interés universal para el hombre, serían en todas partes idénticos, y el sentimiento ético sería el mismo en todas partes y en todos los tiempos. Pero al lado de estos juicios exactos de repente, por decirlo así, hay otros en los cuales es posible error, porque la experiencia es oscura ó tardía. No solamente el hombre se equivoca en la cuestión de saber si un hecho es una causa de bien ó de mal social, sino que se equivoca también sobre la apreciación de los hechos que acompañan á esas causas y sus efectos. A cosas completamente insignificantes el hombre relaciona ideas favorables ó desfavorables, y las mira como fuentes de bien ó de mal. De aquí se producen diversas desviaciones del sentimiento ético, y después viene la educación, cuya potencia las arraiga y las perpetúa; de suerte que llegará un día en que para unir la moral á la verdad se necesite una reforma radical que á primera vista parece un atentado monstruoso y abominable contra la moral misma.

De que el sentimiento ético nazca del juego de la asociación mental, no se deduce que sea facticio, sino solamente derivado. En la formación de este sentimiento, como en la formación de las lenguas, no se ve nada que revele un plan preconcebido; por

el contrario, el trabajo social que construye un sentimiento ético dado, lo hace en general bastante mal. Producto de la asociación del sentimiento del placer y de la pena con tales y tales actos, el sentimiento ético así contiene, según las circunstancias en medio de las cuales nace, materiales que no deberían entrar en él, como carece de los que, á nuestro modo de ver, tienen en él su lugar marcado. Cada uno de los detalles que se observan es el efecto de una causa especial que debe permanecer desconocida para nosotros. La historia nos lo enseñaría si existiera la historia de las sociedades primitivas.

Lo que sabemos por medio de la experiencia es la manera de transmitirse y conservarse el sentimiento ético, y aquí la misión de la asociación se muestra en toda su evidencia. No es necesario para explicar su formación invocar un principio intuitivo que sólo explicaría la forma y no la materia entera, las semejanzas y no las diferencias. El juego de la asociación basta para dar cuenta de todo. Conozcamos primero el mecanismo, y veremos en seguida cómo funciona para producir el sentimiento ético.

II.

Dos leyes regulan nuestras operaciones mentales de asociación.

Primera: Las sensaciones y las ideas que se encuentran frecuentemente en conjunción, tienden á formar grupos ó compuestos cuyas partes separadas no se aperciben distintamente; de modo que, á menos de conservar un recuerdo preciso de una época de la vida en que ese compuesto nos era desconocido, no podemos ver en él más que una manifestación sencilla, primitiva y espontánea del espíritu.

Segunda: Las sensaciones ó ideas originalmente indiferentes, cuando sabemos de antemano que son las causas, las vanguardias ó los acompañamientos del placer ó de la pena, concluyen por ser agradables ó penosas por sí mismas: una cosa que sólo era antes el anuncio del placer ó del dolor, se hace frecuentemente más atractiva ó más repulsiva que el fin original.

Todo acto ó todo estado de cosas que se encuentra profundamente impreso en nuestro espíritu como la causa productora de una serie indefinida de placeres ó de penas, será mucho más estimado ó mucho más temido que los placeres ó los dolores que son sus consecuencias.

¿Cómo nace el sentimiento ético en el niño? Débil é impotente por sí mismo, el niño tiene necesidad de la ayuda de todos los que le rodean, y no tarda en conocer que le conviene ganarse su benevolencia, para lo cual no tiene más que manifestar buenas aptitudes. Cuando, al salir del lado de la

familia, en la cual estaba rodeado de ternura y simpatía, encuentra personas cuya autoridad no se inspira en sentimientos de benevolencia gratuita, el niño ve que su obediencia le gana la benevolencia del superior, ó al ménos su proteccion contra la malquerencia de otro. En su espíritu se establece una asociacion entre estos dos términos; de una parte la obediencia, de otra la benevolencia ó proteccion de los superiores; y no las separa; concibe que la benevolencia es el premio de la obediencia, y que cuando obedece puede esperar ciertos efectos de su acto, efectos que son para él un *derecho*. La idea de reciprocidad, de un casi-contrato, el rudimento de la idea de justicia, en una palabra, se forma en el niño.

Al principio de las sociedades, el hombre debió encontrarse en una situacion análoga ante el conjunto de sus semejantes, potencia colectiva con la cual se vió obligado á contar. Las acciones propias, las que se llaman buenas, honradas, loables, decentes, etc., se unen por asociacion á la idea de que son antecedentes de actos que deben revelar buenas disposiciones de otro en su favor. El sentimiento con que mira las acciones contrarias, las malas, las vergonzosas, censurables, indecentes, etc., es el sentimiento de que el desfavor de otro se va á manifestar con todas sus consecuencias funestas para él. Para su seguridad y para su bienestar es de necesidad absoluta que se procure los buenos sentimientos de sus semejantes ó la proteccion contra la malquerencia de otro.

Si sólo hubiese en el hombre sentimientos egoistas, entendiendo por egoistas los que no tienen más fin que su persona, su conciencia moral tendría, sin duda, una constitucion poco complicada, y sería menor que la que observamos en el niño en quien los sentimientos egoistas tienen naturalmente una preponderancia tan marcada. Pero en la produccion de la conciencia moral entran otros elementos, como son las emociones simpáticas que asocian frecuentemente nuestra desgracia á la de otro y algunas veces tambien nuestra dicha. Su accion, combinada con la de los sentimientos egoistas, nos pone en estado «de unirnos fuertemente á un bien general,» y nos hace experimentar una fuerte aversion hácia las causas de un mal general. En seguida entran los sentimientos de benevolencia y de malquerencia, cuya mezcla con las emociones simpáticas es tan estrecha, que los autores de los bienes y de los males que afectan al conjunto de la sociedad, son para nosotros objetos de afecto ó de aversion.

Gracias al concurso de estos sentimientos, la constitucion de la conciencia moral se complica; ya no se compone únicamente del sentimiento de la aprobacion ó de la desaprobacion actual ó posi-

ble del mérito ó del demérito de otro, considerado como individuo ó como grupo de individuos; añádese á los anteriores un sentimiento de un afecto más poderoso, que interesa de otro modo al bienestar del agente, el sentimiento de la aprobacion y de la desaprobacion de la generalidad de los miembros de la sociedad; y, por último, preséntase tambien el sentimiento de la aprobacion ó desaprobacion del agente mismo. Es muy interesante ver cómo se forma este último.

Como paciente, al mismo tiempo que otro, del acto de un tercero, el hombre tiene sobre este acto los mismos sentimientos que otro. Lo elogia ó lo censura y dirige sobre su autor su benevolencia ó su malevolencia, segun el mismo criterio, por el juego combinado de sus sentimientos egoistas, simpáticos, benévolos y malévolos. La asociacion que liga su juicio y sus disposiciones á ese acto, cuando otro es el agente, se fija en su espíritu, de suerte que cuando es simple espectador del mismo acto, el efecto de sus sentimientos simpáticos hácia los pacientes produce el mismo juicio y las mismas disposiciones hácia el agente. Aún más: cuando él mismo llega á ser agente de un acto igual, con objeto de satisfacer sus deseos propios, el contento que saca despierta en él las disposiciones y el juicio comunes á todos los que se relacionan con el acto. El hombre es tan frecuentemente agente y paciente de un mismo acto, que le juzga con tanta facilidad como agente que como paciente. En el momento en que obra no es solamente agente, es espectador de su acto, y en este concepto juzga como si fuese espectador del acto de otro; lo juzga á pesar suyo y frecuentemente á pesar de su más vivo deseo de juzgarlo de otra manera. Un acto despierta siempre en el agente la idea del juicio que los demas podrán formar y del juicio que él mismo haría si fuese otro el agente; forma estos juicios y los emite conforme á la costumbre que había contraído siendo paciente.

Resulta, pues, que independientemente de las consecuencias actuales del favor ó del desfavor de los demas, tenemos el sentimiento de haber incurrido en ello, y este sentimiento es por sí mismo agradable ó penoso. Verificase una nueva asociacion entre nuestros actos y el juicio interno, tan estrecha é indisoluble, que el acto despierta siempre el sentimiento de recelo ó de esperanza del juicio. Este juicio, con los placeres ó los dolores subjetivos que le acompañan, se convierte entónces en el *motivo determinante* de nuestros actos, en lugar de la consideracion de las consecuencias externas. No es más que el signo de las consecuencias externas del acto; pero el espíritu se une á él, le contempla solo, olvida la cosa significada, como sucede frecuentemente en la génesis de los fenómenos de la

vida mental, parece que ya no tiene en cuenta las consideraciones anteriores, y aún parece que sólo se deja dirigir por un móvil interior.

Una vez decidido á obrar según este juicio interno, el hombre ha contraído la costumbre ética; es verdaderamente *autónomo*; sus actos son esencialmente morales por sí-mismos, *aus Pflicht*, en el lenguaje de Kant. Son los mismos quizá que cuando son *heteronomos*, es decir, dictados por la consideración de las consecuencias externas, de un placer ó de un dolor procedentes de fuera, pero el estado de espíritu que los inspira es diferente. Es el espíritu de un hombre verdaderamente moral. Los motivos determinantes de su conducta son siempre placeres ó dolores, pero placeres ó dolores completamente internos, que ningún otro individuo le dispensa, cuyo poder puede quitarle mucho en intensidad del de los placeres ó dolores de origen externo y que llevan frecuentemente el placer hasta el encanto y los dolores hasta los más espantosos tormentos.

III.

Antes de llegar á ese estado en que la sanción interna se subordina á la sanción externa y hasta se sustituye, ese estado en que los actos nos parecen como dictados por un desinterés completo (ateniéndonos al lenguaje del vulgo para quien la sanción externa sólo afecta al interés del agente), el hombre recuerda bien que el contento ó el descontento que experimenta de sus propios actos corresponden á juicios externos actuales para cesar de esperar la manifestación. Conserva la convicción de que su acto ha merecido la benevolencia de otro cuando se encuentra conforme en el tipo según el cual se distribuye el favor y la benevolencia en el cuerpo social. Resulta aquí un nuevo elemento de la conciencia moral. El agente espera con confianza la expresión de esas disposiciones benévolas porque está seguro de haberlas merecido, y cree firmemente que los demás están obligados á dárselas. Es para él un derecho, y el sentimiento de este derecho acompaña siempre al juicio que forma sobre su propio acto como espectador. El sentimiento de su derecho á la estimación y á la recompensa distribuida por los demás es la estimación que tiene por sí mismo.

La conciencia moral se encuentra constituida por el concurso de estos elementos: la idea de una línea de conducta ó de ciertas disposiciones en el agente, y la idea de que existe en los demás una disposición acerca del agente, tal como el mismo espera. Un tercer elemento, la idea de una sanción externa que asegura la ejecución del contrato, sirve de cimiento á las otras dos.

Se puede, pues, definir la conciencia moral como un grupo de ideas ó de sentimientos unidos indisolublemente, de manera que el regreso de los fenó-

menos de la vida real de un modo conforme á esta asociación produce un sentimiento de satisfacción, y el regreso de estos fenómenos de un modo contrario á esta asociación crea un sentimiento de disgusto y de indignación.

Pero es preciso que haya siempre acuerdo entre el curso fijado por la asociación y el regreso de los fenómenos reales de la vida; y las diferencias que el espíritu reconoce son la fuente de una nueva complicación en la constitución de la conciencia moral.

La conducta del agente excita frecuentemente en los espectadores extraños sentimientos que están lejos de parecerse á lo que él esperaba. Espectador de sus propios actos, y obedeciendo al sentimiento ético, se juzga y ve con sorpresa que los espectadores externos le juzgan de otro modo. Conoce mejor sus motivos y sus disposiciones morales que los que le juzgan; estos se hallan mal informados ó seducidos por un interés extraño; cometen un error de hecho y un error de derecho; son recusables. El agente se indigna y los recusa, pero no por eso se queda siendo su único juez. No encontrando otro á su alrededor, supone uno expresamente, el mismo quizá de que se quejaba, pero esta vez más imparcial y desinteresado; ó bien, yendo más lejos y franqueando la distancia de lo real á lo ideal, se imagina uno que le conoce tan bien como puede conocerse él mismo, es decir, perfectamente, y que sabe de ciencia cierta el interés general que ha impulsado la acción. De este juez espera la retribución que merece, y la encuentra en la convicción de que ha obrado de manera que se ha hecho digno de ella.

Una vez que ha demostrado la diferencia entre la aplicación que hace de su sentimiento ético y el juicio actual del público, que ha perdido la confianza en la virtud recompensadora del público, que ha observado desacuerdos análogos entre las diversas fracciones de la sociedad y asistido á disputas frecuentes sobre la cuestión en la que se trata de juzgar el bien ó el mal, el hombre ejerce su inteligencia sobre la materia de esos conflictos. Estudia las circunstancias de los actos, aprecia los caracteres, pesa los intereses particulares, estima los motivos, y por último, juzga por sí mismo el acto realizado, tan bien, bajo el punto de vista del agente, como bajo su propio punto de vista de espectador externo. Repite frecuentemente este género de juicio que le es propio y se acostumbra á juzgar, no según la norma pública de lo que está prohibido ó permitido, sino según una regla suya que ha llegado á ser su tipo racional de conducta y de juicio. Su sentimiento ético se ha transformado en un sentimiento nuevo, en el que la razón entra por la mayor parte, y que arroja en la sombra el sentimiento primitivo.

En realidad, la constitucion de este sentimiento *racionalizado* no se vuelve en provecho del arbitrio individual, para la satisfaccion de los intereses egoistas. La autoridad que sanciona el juicio ético no cesa de residir fuera del individuo. Aun cuando la conciencia individual esté en conflicto con el juicio público, no decide en su propio nombre contra el público, sino en nombre de un público ó de una autoridad posible, aunque no actual, cuyo juicio sería ciertamente el del público actual si este poseyese las luces suficientes. La autoridad invocada no es un juez que *es*, sino un juez que *debería* ser. A este juicio el individuo se siente inclinado á conformarse, y pide á los demas que se conformen tambien. Es á la vez el asunto de la regla y el legislador que la promulga en nombre de una autoridad invisible, pero con la cual está en comunión moral.

Añadamos que esta regla está en el interes colectivo del público real. El interes general es la fuente de todo lo que hay de imperativo en el sentimiento ético. Es la voz de la comunidad que habla por sentimiento, despues de haber contribuido á crearle. Los moralistas antiguos, cuyos escritos no podremos admirar bastante, tanto porque crearon la ciencia de la ética, como porque abordaron los primeros esa tarea en un campo de observacion muy limitado que no traspasaba los límites del mundo helénico, sin modelos que pudiesen inspirarlos ó dirigirlos; los moralistas antiguos, decimos, Platon y hasta los estóicos tomaban por punto de partida de sus sistemas éticos la dicha del individuo. Recomiendan todos que se busque el *summum bonum*, y que se evite el *summum malum* (entendiendo por estas palabras el bien y el mal del individuo por las vías que sólo el *sabio* puede trazar. Pero como no hacían una distincion suficiente entre la dicha individual y la dicha colectiva, y por tanto los consejos del sabio no cesan de crear, al ménos implícitamente, la idea de la dicha comun bajo la forma que podía reunir en el espíritu griego; como tambien las exigencias de la moral, mostrando el *summum bonum* en la práctica de las acciones reputadas virtuosas, opone al bien más inmediato del agente un fin que no está especificado; hay en sus escritos, aún en Aristóteles, una confusion que no se disipa nunca.

Para evitarla es preciso que el sabio (hoy diríamos el moralista) examine la cuestion bajo el doble punto de vista del individuo y de la sociedad; que busque cuáles acciones tienden á aumentar ó disminuir la dicha pública, cuáles tienden á aumentar ó disminuir la dicha del agente considerado aparte, no la satisfaccion inmediata de sus inclinaciones actuales, sino la satisfaccion lejana y entonces durable de sus necesidades permanentes. Debe considerar al agente bajo un doble punto de vista,

ya sea que el agente sufra el imperio de las disposiciones que le llevan á obrar ó que le extravían, ya que sufra los efectos de sus propias acciones, lo mismo aisladamente que como miembro de la sociedad. El moralista ve que la dicha individual del agente está frecuentemente en desacuerdo con la de la sociedad, y que la privacion de la dicha inmediata ó los males positivos que tiene que sufrir son condiciones del bienestar de la sociedad en su estado presente. Inspirándose en el sentimiento ético tal como lo hemos visto constituirse, no duda en formular imperativamente una conducta que tiende á no disminuir, y si es posible á aumentar, la felicidad general, y de una manera indirecta y subordinada la del agente individual. Impone la obligacion de conformarse á ella en nombre de la colectividad actual, que dispensa la sancion moral, ó si es preciso, en nombre del público ideal que sustituye, por la autoridad de su sentimiento ético racionalizado, á la colectividad actual incompetente ó indigna.

Este trabajo, que, segun los filósofos antiguos, sólo tiene autoridad para hacer el sabio, lo realiza todo hombre, pero de una manera incoherente y desprovista de precision. Aun cuando no llegue á formarse una nocion bien clara del tipo que debe observar, no duda que este tipo exista y que pueda ser conocido. Además reconoce por experiencia que la línea de conducta contenida en su conciencia moral ha variado, ha mejorado, que conoce mejor lo justo y lo injusto que en otra época de su vida, y que sus contemporáneos los conocen mejor que los hombres de tiempos más antiguos. Esta convicción, á la cual el moralista ménos que otro cualquiera puede sustraerse, se convierte en un elemento inseparable del sentimiento ético; ella es la que alimenta las aspiraciones hácia un ideal superior, y arraiga en el espíritu una creencia firme en los principios de la relatividad y de la perfectibilidad indefinida de la moral.

E. CAZELLES.

(Revue philosophique.)

ORFILA.

I.

Quando con el corazon emocionado leemos avidamente las interesantes páginas de los anales jurídicos donde se consignan los más terribles episodios del crimen para que caiga la inflexible espada de la justicia sobre el culpable, hallamos entre los nombres de los que han esparcido verdadera luz en el oscuro campo de las dudas, el de un español que merece figurar como uno de los campeones de la ciencia toxicológica.

Sí; Orfila, el gran Orfila, el ilustre decano de la facultad de medicina de Paris, el que ha dejado un nombre tan glorioso, semejante á una luminosa ráfaga de no extingüible resplandor, ha nacido en española tierra, en la ciudad de Mahon, que entre sus muchas celebridades históricas cuenta la de haber sido sitiada por las tropas del corsario Barbaroja á principios del siglo XVI, cuyo sitio sostuvo con heroica resistencia.

El 24 de Abril de 1787 nació Mateo Pedro Orfila. Aquel día ganó la ciencia uno de sus apóstoles; la justicia una de sus más poderosas bases, y la humanidad uno de sus grandes bienhechores. Aquel día alumbró el sol el germen de una eminencia que al andar de los años había de ser una poderosa palanca en un orden dado de conocimientos y en una de las más poderosas bases de la sociedad, cual es la justicia, cuya mision es tan alta y cuyas decisiones llevan en pos de sí tan gran trascendencia.

Sus primeros estudios se encaminaron á la carrera de marina. Mas bien pronto manifestó su escasa vocacion por ella, á la cual su familia mostraba grandes deseos y llegaba hasta imponerle el mandato. Pero los azares á que á toda hora se encuentra expuesto el marino, la lucha constante que entabla con los elementos, hallándose á merced de las olas cual hoja seca arrastrada por el vendaval, no podían avenirse con el espíritu de observacion y estudio de que estaba dotado. Así es que, sin desconocer los encantos que ofrece la vida del mar, la sin igual belleza de la aurora cuando sobre cubierta se miran los primorosos matices de la salida del sol, las aves que cruzan en direccion á nuestra tierra querida y á quienes miramos con envidia, y la superficie del agua rizada por dulcísimo céfiro, todos son motivos para entusiasmar al hombre de imaginacion exaltada; pero aun cuando existía en Orfila esta circunstancia, había fijado su atencion en otro orden de estudios, que su cultivo le llevaron más tarde á sobresalir de un modo extraordinario en ellos y á desempeñar importantísimo papel en la sociedad, prestando servicios de un interes mucho más grande del que á primera vista aparece.

Solamente hizo un viaje á las costas del Mediterráneo, á bordo de un buque en calidad de segundo piloto, con lo cual dió por terminada su primera carrera.

II.

Abandonada de un modo definitivo la profesion de marino mercante, dedicóse á los estudios de medicina, que comenzó en Valencia, donde los continuó con singular aplicacion. De allí pasó á Barcelona, desde cuyo punto marchó á Francia, pensionado, con objeto de estudiar la ciencia al lado de los grandes maestros y de respirar en la atmósfera

en que se hallaban los primeros médicos y químicos del orbe.

Llegó á Paris el 9 de Julio de 1807, cuando á poco estalló la guerra con España, y le faltaron todos los recursos pecuniarios, en términos que hubiese pasado Orfila las mayores estrecheces, si un pariente suyo que residía en Marsella no viniese en su apoyo, hasta que pudo recibir el grado de Doctor en 27 de Diciembre de 1811. Ya no pudo entonces abandonar su patria adoptiva, y empezó á enseñar química en Paris con asombroso éxito, contando entre sus discípulos á hombres tan eminentes como Chomel, Cloquet, Beclard y otros varios, que más tarde fueron grandes lumbreras en las especialidades á que se dedicaron, y que siempre recordaron con gratitud y respeto al que fué su iniciador en el camino de la ciencia.

El año 1814 volvió á ponerse á disposicion de la Junta de Barcelona, la cual le relevó del compromiso que con la misma había adquirido. Rehusó tambien por entonces la cátedra que el célebre químico Proust dejó vacante, por no hallarse conforme con el plan de estudios á la sazón vigente.

Acúsase á Orfila de falta de patriotismo, por abandonar su país y haber dado á extranjera nacion todos los frutos de su ingenio y la gloria de su nombre. Sin que tratemos de disculparle, creemos, sin embargo, que las circunstancias que le rodearon y la posicion especial en que se hallaba le obligaron á observar una conducta muy diversa de la que habría seguido á no hallarse bajo esta presion.

El día 4.º de Marzo de 1819 fué nombrado catedrático de medicina legal en la facultad de Paris, y á la reorganizacion de la enseñanza, se encargó en el referido centro docente de la cátedra de química, que desempeñó por espacio de treinta años.

Comenzó su carrera de escritor por el *Tratado de toxicología general*, notable por el gran número de trabajos propios que contiene, así como por la exactitud de los experimentos minuciosos consignados en tan apreciable libro.

La obra de química médica que publicó despues, aunque notable, tiene poco de original; pero lo que principalmente hace honor á su memoria es el *Tratado de las exhumaciones jurídicas*. En ella encontrarán los abogados y médicos no poco que aprender cuando lean las instructivas páginas de tan precioso libro.

Tambien escribió Memorias especiales acerca del envenenamiento por algunas sustancias, como el arsénico y el antimonio.

Durante diez y ocho años fué decano de la facultad de medicina de Paris, en donde introdujo no escaso número de mejoras materiales y dió un vigoroso impulso á determinado género de estudios. Fundó una Sociedad médica de prevision y socor-

ros mútuos, que alcanzó lozana vida y cuya iniciativa fué debida exclusivamente á Orfila.

Además de su aptitud para el género de estudios en que tanto brilló, cuales fueron la medicina legal y toxicología, poseía un gran talento músico, cualidad que unánimemente le conceden sus biógrafos.

El 11 de Marzo de 1853 murió Orfila. Aquella brillante antorcha se apagó en breves días, víctima de una pulmonía, sin que alcanzaran á salvarle los recursos de la ciencia, hábilmente puestos en práctica por las eminencias médicas de París. Legó á la Academia de medicina, á la Escuela de farmacia y al Estado, una suma de 120.000 francos, destinada á la fundación de premios, y encargó que se hiciera la autopsia de su cadáver para contribuir al progreso de la ciencia, queriendo prestarla servicios aún después de la muerte.

Sus principales obras son: el *Tratado de venenos de los reinos mineral, vegetal y animal*; los *Elementos de química aplicada á la medicina y á las artes*; los *Socorros á las personas envenenadas y asfixiadas*; el *Tratado de medicina legal*; el *Diccionario de términos de medicina, cirugía, farmacia, física y química*, y la *Memoria sobre la absorción del sublimado corrosivo*.

Tales han sido los resultados que ha legado á la posteridad Orfila, donde puede comprobarse el gran alcance de su genio, de igual manera que en la galería de retratos de las celebridades contemporáneas podemos observar su penetrante mirada, extensa frente y demás signos de su no común talento, donde estaba dignamente colocado el honroso armiño símbolo del magisterio.

Vamos á examinar la importancia de los trabajos de Orfila y el papel que le cupo desempeñar en algunas ocasiones de su vida científica, porque es de inmenso interés conocer algunos detalles que tanto elevan á la persona como á la ciencia.

III.

Ya hemos visto que ha sido la ciencia toxicológica donde más se ha distinguido Orfila y donde tantos adelantos ha hecho, en términos de ser uno de los primeros toxicólogos, y por consiguiente una de las autoridades á quienes siempre se acude en los casos de consulta.

La toxicología, como ciencia, no es antigua, pero el envenenamiento puede decirse que lo es tanto como el mundo. Debido primeramente al descuido ó al acaso, fué más tarde un arma criminal de que se valieron los que cobardemente desearon hacer desaparecer á una ó más personas sin el estrépito de ruidosa muerte y con la probabilidad de quedar sin castigo material su delito, por más que su conciencia les ahogase á todas horas con aterradores gritos. La casualidad, como decimos, debió ser

la profesora de los criminales. Así es que una planta, un hongo, un cuerpo de color más ó menos subido, que en ocasión determinada producía la muerte al desgraciado que los tomara inadvertidamente como alimentos, sirvieron al malvado para ejecutar planes de venganza que podía preparar dentro de las sombras del misterio, favorecido por el secreto y rodeado de todas las circunstancias que pueden encubrir el delito, al modo que astuta serpiente espera para clavar su dardo escondida tras hermoso conjunto de perfumadas y vistosas flores que atraigan con sus embriagadores aromas y preciosos matices.

Los siglos XIV, XVI y XVII ofrecen en sus anales aterrador cuadro, bajo el punto de vista del número de envenenadores. La Toffana de Nápoles, que dió su nombre á la célebre agua preparada con un compuesto arsenical y que tantas víctimas produjo, Catalina de Médicis, Renato el Florentino, Lucrecia Borgia, la marquesa de Brinvilliers y otros varios, han dejado infausta memoria de sus maldades por el número de envenenamientos que en la época referida cometieron.

En Francia y en otras varias naciones se excitaron los ánimos y cundió el recelo, hasta el punto de perseguir á los judíos horriblemente, por creerlos autores del envenenamiento de las fuentes públicas. Nadie estaba seguro de las asechanzas de un malvado. En el agua que apagaba la sed, en los alimentos, en la copa del festín, en el aroma de una flor, en el traje, en una sortija, se hallaba en ocasiones el arma traidora que aniquilaba la existencia. Había venenos que recibían el nombre aterrador de polvos de sucesión (1), para indicar el uso que hacían de los mismos los que les estorbaban las personas cuyo fallecimiento era la posesión de una herencia.

En nuestros tiempos han sido principalmente los preparados de arsénico, y sobre todo el ácido arsenioso, lo que ha servido para consumir el mayor número de estos atentados, sin que por eso hayan sido excluidos otros varios venenos minerales, como el sublimado corrosivo, y también los procedentes del reino orgánico, como el ácido prúsico ó cianhídrico, la digitalina (extraída de la planta digital purpúrea) y todos los alcaloides, sobre todo la morfina, narcotina, estrignina, brucina y nicotina.

En la química aplicada á la intoxicación, cuyos progresos son tan admirables, es donde tiene que buscar la humanidad consuelo, y la justicia castigo á tan aterradores cuadros. Esta ciencia es la que se sobrepone á la maldad y parece nacida á castigar al delincuente do quiera se oculte y cuantas hayan sido las precauciones que haya tomado para procurar su impunidad. Gracias á sus procedimien-

(1) El sublimado corrosivo, ó sea el cloruro mercurico.

tos, puede descubrirse en muchos casos el veneno, aun cuando atravesase varios organismos y hayan trascurrido bastantes años desde que se consumió el crimen. No basta que haya caído la losa del sepulcro sobre la víctima, porque la ciencia lleva á la justicia más allá de la tumba, y enseña á los hombres de ley sobre quiénes ha de descargar todo el rigor del castigo. No es tampoco suficiente que prepare su delito con detenimiento y premeditación para librarse de la responsabilidad. El riesgo de una planta con una disolución de arsénico, darla después á comer á un animal, hacer que los restos de este animal muerto á consecuencia del veneno sirvan de alimento á una ave que vaya después á ser el adornado plato de la mesa de determinada persona, no ha sido bastante para que se oculte al reactivo químico la presencia del arsénico y haya podido en más de una ocasión el hombre eminente que forma objeto de este artículo, llevar á los tribunales el arsénico puro, bajo la forma de un espejito metálico (como en tales ocasiones se presenta), y decir: «Ahí teneis el crimen, oculto en la noche del misterio; ahí teneis un horrible delito; yo he cumplido mi misión; á vosotros os toca castigarle.»

En nuestros tiempos las causas de Lafarge y Lacoste (de la primera de las cuales nos ocuparemos); la del conde Bocarmé, asesino del desventurado Gustavo Fougnes; el Dr. Palmer, en Inglaterra; el médico La Pommerais, en Francia, y algunos en nuestro país, ménos ruidosos, pero no ménos terribles, atestiguan desgraciadamente que no ha desaparecido de los anales del crimen el envenenamiento.

En cuanto á las obras que tratan de los venenos, creemos que la de Orfila debe colocarse, como ya llevamos dicho, en lugar preferentísimo.

En los tiempos antiguos se habían descrito en libros de diferentes asuntos los cuerpos venenosos, su preparacion y propiedades. Los griegos conocieron lo que denominaron sandáraca, ó sea el sulfido arsenioso (oropimente), que después se empleó como sustancia colorante, por el bellissimo matiz amarillo que posee.

Los misioneros nos hablan de algunos libros que poseían los indios, donde se trataba de venenos y contravenenos.

Dioscórides y Teofrasto escribieron también sobre venenos, y los médicos árabes, como Rasis, Mesue, Averroes y Avicena, tienen tratados de *antídotos*, lo cual da á conocer que debían haber estudiado detenidamente los venenos y su acción sobre el organismo. De la nota bibliográfica que Orfila consigna en su tratado de *Toxicología general* resultan ciento treinta autores que se han ocupado de este asunto en los siglos XVII, XVIII y XIX. Aún pueden agregarse muchos más al indicado número, contando por una parte las obras publicadas des-

pues de la muerte de Orfila, como las notabilísimas y muy modernas de Draggendorff en Alemania y Rabuteau en Francia, y por otra parte las obras de análisis química y de química general, donde se trata la cuestión del descubrimiento de venenos de una manera tan brillante como en Fresenius, Henry Rose, Gerhardt y Chancell, Will, Pelouze y Fremy, Wurtz, etc. Además hay obras especiales, por ejemplo, algunas de botánica, donde se trata de plantas venenosas, como los hongos, se describen sus caracteres para distinguir los venenosos de los que no lo son, cuyas noticias interesan de una manera sumamente directa al toxicólogo; de igual suerte que los tratados de zoología se ocupan de la descripción anatómica del aparato venenoso de la víbora, del estudio de los insectos venenosos, etc.

Pero el creador de la química de la intoxicación, no hay que dudarlo, ha sido Orfila. La sagacidad, la exactitud, la perseverancia en la experimentación, llegaron á proporcionarle resultados preciosos en sus investigaciones.

Las obras de Devergie y de Briand y Chaudé, merecen particular mención, cuando de este linaje de estudios se trata, donde tanta parte tiene el reactivo químico y el microscopio, que nos descubre ignorados horizontes visibles con su poderoso auxilio.

Cuando apareció la cuarta edición del *Tratado de Toxicología* de Orfila, se publicó un artículo crítico de la misma en el *Journal de chimie medicale*, donde se hace cargo en primer término de las numerosas ocupaciones del autor, que admira le permitan entregarse á los trabajos de bufete, los que requieren gran meditación y prolongado reposo. Pero la energía y fuerza de voluntad de Orfila podían hacerle coordinar perfectamente su tiempo para que fueran compatibles sus diversos trabajos.

Dilucida minuciosamente el referido artículo cuanto se halla contenido en la obra del ilustre toxicólogo, principalmente la clasificación de los venenos.

Los artículos nuevos ó refundidos completamente por el autor, son también examinados por el cronista, por ejemplo, los ácidos sulfúrico, nítrico y oxálico; los venenos irritantes, los denominados narcótico-acres y los sépticos son presentados al juicio público como dignos de la reputación de Orfila, que la aparición de su nueva edición de la toxicología había sido un verdadero acontecimiento para la ciencia.

IV.

La prensa periódica científica es uno de los poderosos medios de propagación de los nuevos adelantos, é indispensable asimismo su incesante consulta, si ha de tenerse noticia del gran número de

procedimientos nuevos y ventajosos que se dan á conocer en toxicología; la que ofrece, como toda ciencia experimental, á toda hora nuevos hechos que consignar, que son otras tantas perlas de la corona de gloria que ciñe las sienas de los laboriosos sacerdotes del trabajo.

Por eso encontramos en el *Diario de química médica*, y en otra porcion de publicaciones, muestras evidentes del talento de Orfila y de su no interrumpida laboriosidad.

Pero es indispensable que todo el que á la toxicología se dedique no interrumpa la consulta de todos los periódicos de farmacia, de medicina y de química que se publican en el mundo civilizado, sobre todo en Alemania y Francia. En ellos se han ido consignando los trabajos de Robin, de Claudio Bernard, de Berthelot, de Flandin y Danger, de Becquerel, de Tardieu, de Bunsen y Kirchoff, de Devergie, de Chevallier, de Wurtz, de Draggendorff, de Schneider y Fife, de Babó, de Fresenius, de Stass, de Graham, que por su método llamado de dialisis ha conseguido simplificar complicados procedimientos, llegando á resultados exactísimos, y otra porcion que podríamos enumerar.

Después de haber hecho esta rapidísima reseña por la historia de la toxicología, para poder desde luego apreciar el brillante papel y la gran figura que Orfila representa en la misma, bien pronto se deduce que los adelantos de esta ciencia han caminado paralelos con los progresos de la química, sin la cual no es posible la toxicología. No se concibe un buen toxicólogo que no sea profundo químico. Pero no químico de bufete, no sólo conocedor de la ciencia por el estudio en los libros, sino que haya consumido largo número de horas en el laboratorio, adquiriendo la necesaria destreza en el manejo de aparatos y reactivos, cuya práctica tarda en adquirirse según las condiciones de aptitud del que se propone alcanzar el honroso título de químico.

Por eso Orfila, que reunía las condiciones de químico eminente, ha podido llegar á tanta altura en la ciencia toxicológica.

En cuatro sesiones verificadas en la Academia de Medicina de Paris, en Octubre de 1840, demostró Orfila lo siguiente:

1.º Que el ácido arsenioso y el tártaro emético, introducidos en el canal digestivo ó colocados en el tejido celular subcutáneo, son absorbidos rápidamente y conducidos al torrente circulatorio.

2.º Que permanecen cierto tiempo en las vísceras, pero que en las primeras horas que siguen al envenenamiento, una parte de la porcion absorbida se elimina por la orina.

3.º Que esta eliminacion continúa por espacio de bastantes dias, y de aquí que sea conveniente favorecer la secrecion urinaria en estos casos.

4.º Que es posible distinguir en el cadáver si el ácido arsenioso ha sido absorbido durante la vida ó á consecuencia de una impregnacion cadavérica.

5.º Que existe en los huesos del hombre y de muchos animales un compuesto arsenial.

6.º Que es fácil distinguir en el aparato de Marsh, modificado, las manchas de antimonio de las de arsénico.

7.º Que se hallan en los terrenos de algunos cementerios pequeñas cantidades de arsénico.

8.º Que es indispensable destruir las materias orgánicas, por medio del ácido nítrico ó el nitrato potásico, ántes de verificar los experimentos en el referido aparato de Marsh.

Sabemos, sin embargo, que no todo el estudio de los venenos se encuentra encerrado dentro de los límites de la química. Es preciso conocer la accion que los referidos agentes tóxicos ejercen sobre el organismo; los síntomas que produce cada uno de ellos en las desgraciadas victimas que se hallan bajo su terrible accion; la manera de remediar, si es todavía tiempo, los estragos que causan, y, por último, el modo de reconocer en el cadáver las lesiones causadas y demostrar por el reactivo químico, el microscopio, la dialisis y demas medios, la existencia de veneno determinado, para poder decirle al hombre de ley que camine seguro de la existencia del delito.

Pero al par de estas consideraciones no podemos ménos de asegurar que los problemas de investigacion de venenos, ya sea en sustancias procedentes del organismo, ó en medicamentos ó alimentos, son única y exclusivamente químicos, y sólo el que posea á fondo estos conocimientos y tenga laboratorio dotado del material suficiente, está en aptitud de resolverlos. Aunque otra cosa se diga por algunos, y sin que nosotros afirmemos que el que posea determinado título es más ó ménos competente, desde luego aseguramos que no debe aceptar el delicado compromiso de informar á los tribunales en estos asuntos aquel que no haya trabajado mucho en laboratorios de química y no conozca más que superficialmente los multiplicados estudios químico-toxicológicos que forman biblioteca no escasa, la cual no se recorre en breve tiempo.

Además, el ejemplo del gran Orfila nos indica que debe reunir condiciones especiales el que se dedica á estos estudios. Primeramente, el secreto que debe guardar, pues al fin se trata de las cuestiones que se hallan en el periodo sumario del procedimiento judicial; después, la claridad para ser explícito en sus afirmaciones; luego la vigilancia extrema sobre los objetos que tiene bajo su custodia para evitar que extrañas manos los sustraigan ó sustituyan; además energía para desoir toda sugestion ó despreñar las amenazas, y, por último, cuidado extre-

mo en la absoluta pureza de los reactivos ó vasijas que emplea, así como una probidad sin límites y un hábito especial para no entretener con inútiles rodeos los informes periciales, sino ilustrar la cuestión, contestando de un modo categórico á las preguntas hechas por la autoridad.

V.

Después de lo anteriormente referido, queremos presentar á Orfila en uno de los casos particulares en que intervino y que contribuyó no poco á proporcionarle uno de los más preclaros timbres de su gloria y de su merecida popularidad. Aludimos al proceso Lafarge, que tanto dió que hablar en Francia, y el cual muy sumariamente indicaremos para que pueda juzgar el lector de la gran misión que en tan graves asuntos le está encomendada al toxicólogo.

Era el mes de Enero de 1840, cuando un rico propietario de algunas fábricas de hierro de Glandier, llamado Carlos Lafarge, falleció rápidamente y de una manera tan inexplicable, que no tardaron sus deudos en creer que un envenenamiento había sido la causa que había puesto fin á sus días. Las sospechas recayeron en la viuda por los motivos siguientes:

Parece ser que había entre los esposos una diferencia notable de costumbres y educación. La señora, educada en el gran mundo, llena de hábitos y exigencias aristocráticas, no simpatizaba con la ruda franqueza de su esposo, sólo acostumbrado á tratar con los braceros que á sus fábricas concurrían. Las primeras manifestaciones de la tormenta aparecen en una fatal carta que la señora, llamada María Capelle, escribió á su marido con motivo de un viaje que hacía contra su voluntad. En este documento le confesaba que amaba á otro, que la perdonase, pero que la educación y los sentimientos habían levantado entre los dos insuperable barrera y que jamás podría obtener de ella más que indiferencia ó desvío. Semejante documento llenó de amargura al desgraciado Lafarge, y aún cuando su señora se arrepintió después, llorosa, de haber escrito la indicada carta, y aún la rasgó á su presencia, la paz que en el matrimonio se estableció de nuevo, á partir de este momento, había de ser necesariamente sobre no muy sólidas bases.

Sin embargo, el olvido parecía haber tendido su manto sobre aquellas desdichas matrimoniales, y Lafarge hizo testamento en favor de su señora. Tuvo su esposo que hacer un viaje para asuntos particulares, y parece ser que medió la más tierna correspondencia entre ambos, en términos que madame Lafarge le dirigía cartas apasionadísimas lamentándose de su ausencia, hasta que á los doce días de su vuelta al hogar doméstico murió Lafarge

con los síntomas probables de un envenenamiento. Se dijo que su señora compró días ántes arsénico blanco, con pretexto de destruir las ratas que tenían invadidas las habitaciones, y ella misma administró á su esposo alimentos y medicamentos hasta que llegó su desgraciado fin.

María Capelle no permitía que asistiesen á su esposo otras personas que ella misma, alejando del aposento á los individuos de su familia que ansiaban ayudar en la asistencia á la esposa de la víctima. Algunos declaran haberla visto añadir unos polvos blancos á los caldos que administraba al enfermo; y hecho el análisis por Orfila y Devergie de un pedazo de franela destinado á las fricciones, también encontraron el arsénico. En el agua azucarada y el cocimiento de pan que tomaba con frecuencia en su postrera enfermedad, se halló asimismo arsénico por otros químicos. Todo, pues, venía á acumular horribles sospechas sobre aquella señora.

El día señalado para la vista de tan célebre causa en Tolosa fué un verdadero acontecimiento, pues una inmensa concurrencia llenaba la sala de los debates y los alrededores del edificio en que habían de tener lugar, deseosos de saciar la ansiedad de oír las acusaciones y defensa en tan ruidoso proceso. Entabláronse disputas acaloradas respecto á la culpabilidad ó inocencia de aquella señora, á las cuales daba todavía más interés su presencia, donde con fisonomía simpática, todavía bella á pesar de los sufrimientos de una larga prision, contrastaba notablemente la palidez de su rostro con los fúnebres crespones que componían su enlutado traje.

Los discursos pronunciados tanto por el ministerio público en su acusacion como por los abogados en la defensa, son verdaderos modelos de elocuencia forense y deben ser consultados por todos los profesores de la ciencia del derecho que se dediquen á la especialidad del derecho penal, aspirando al difícil título de criminalistas. Pero, como es natural, el dictámen de los químicos había de ser la base sobre que los argumentos descansaran, y de aquí el gran interés y el importante papel que les estaba reservado.

Orfila, como ya hemos dicho, intervino de un modo activo en este asunto, y copiamos á continuación la carta que dirigió al abogado general M. Paillet con motivo de una consulta que se dirigió al ilustre químico-médico (1).

Dice así:

«Me preguntais en vuestra carta del 17 si es suficiente para asegurar que contiene arsénico un lí-

(1) Algunas noticias (aunque no todas) relativas al proceso Lafarge, las tomamos de la Colección de causas célebres del Sr. Caravantes y de la Gaceta de los Tribunales de Francia.

quido recogido en el tubo digestivo de un cadáver, ó preparado hirviendo en agua destilada una parte del mismo, el que produzca con el hidrógeno sulfurado precipitado amarillo. Debo contestaros que *no basta*.

»Todos los autores prescriben que se reduzca por un procedimiento cualquiera de los que se conocen con este objeto el precipitado amarillo para obtener el arsénico metálico. He insistido mucho en mis obras sobre la necesidad de recurrir á esa reduccion, y he censurado á los que, prescindiendo de ella, afirmaban la existencia de un compuesto arsenical en la materia de que se trata.

»Presentamos Mr. Barruel y yo en 1830, en el tomo III de los *Anales de química*, un caso, donde hallareis la respuesta á la pregunta que me dirigís. Unos peritos, que no hay necesidad de nombrar, suscitaron grandes sospechas de envenenamiento sólo por haber obtenido un precipitado amarillo esponjoso, tratando determinados líquidos por el ácido sulfhídrico. Reconocimos el supuesto precipitado arsenical, y no contenía un átomo de arsénico, no siendo otra cosa más que una materia contenida en la bilis. Mr. Chevallier acaba de insertar en el último número del *Diario de química médica* una nota donde anuncia haber encontrado dos veces desde 1830 una materia análoga.

»Recibid, etc.

ORFILA.»

La carta de Orfila es notable en el caso presente porque destruía completamente los resultados de un análisis que ántes habían practicado otros químicos y donde se descuidó la precaucion á que se refería. Sometidas á nuevo análisis todas las materias que ántes lo habían sido; y ensayadas en el aparato de Marsh por Dubois, afirmó no encontrar arsénico. De aquí una divergencia que produjo, como es natural, honda sensacion en el tribunal y el público, y fué necesario dirimir la discordia exhumando el cadáver de Lafarge y procediendo á nuevo análisis.

Grandes dificultades ofreció la exhumación, como era consiguiente en un cadáver cuya putrefacción se halla en su mayor periodo de desarrollo. Venciéronse los obstáculos, tomando las precauciones que aconseja la higiene, y se encomendó á Orfila (que ántes no había intervenido sino en el análisis de la franela) la delicada mision de decir la última palabra en aquel grave asunto.

La acusacion y la defensa pendían de los labios del príncipe de la ciencia, como le llamaban con justicia; y en efecto, todo el proceso se hallaba entonces suspenso de la opinion del grande hombre. Expuso ante el jurado Orfila un informe oral, y en medio de tenebroso silencio, hizo las siguientes afirmaciones:

1.º Demostrar que existe arsénico en el cuerpo de Lafarge.

2.º Que no procedía este arsénico de los reactivos con que se había operado.

3.º Que no es tampoco procedente de la corta porcion de arsénico que naturalmente existe en el cuerpo humano.

4.º Explicar la divergencia entre los resultados obtenidos ántes con el que se presentaba en aquel momento.

Examinó los inconvenientes de no tomar determinadas precauciones en los trabajos analíticos, de no manejar con oportuno conocimiento el aparato de Marsh, tan precioso en sus resultados, y que Orfila modificó con ventajas, y otra porcion de detalles prácticos que son indispensables para el que emprende este género de trabajos.

En aquel mismo dia se refiere que se tornaron blancos los cabellos de madame Lafarge, y su salud, ya quebrantada, se resintió de un modo extraordinario. El Jurado, despues de una larga deliberacion, la declaró culpable por mayoría de votos y con circunstancias atenuantes. Al notificarla la terrible sentencia, que á perpetua reclusion la condenaba, fué presa de una violenta conmocion nerviosa que más adelante dió por resultado una hipertrofia del corazon.

Encerrada María Capelle en una celda de Montpellier, entregábase á veces, en medio de sus tristezas, á las expansiones de la poesia, (porque tambien escribió versos), reflejándose, como es natural, en sus composiciones la más tierna melancolía, en términos de haber sido cuidadosamente por algunos recogidas para formar curioso álbum. Por último, el jefe del Estado la concedió el indulto, y volvió á verse libre el 1.º de Junio de 1852. Pero sólo sobrevivió algunos meses á su libertad, pues se hallaba la infeliz sentenciada á muerte por el tribunal inapelable del Altísimo.

VI.

Ya hemos podido apreciar á Orfila como perito en una ruidosa causa criminal. Su talento superior vió lo que para los demas había pasado desapercibido, y pudo suministrar á un Jurado el más precioso dato para emitir su veredicto.

El informe de Orfila demuestra lo que vale el químico en sociedad, lo mucho que significa ante los tribunales de justicia, la consideracion, en una palabra, que están obligados á guardarle los gobiernos y los hombres de la ley, sin que jamás lo den al olvido.

A Orfila le vemos siempre elevarse sobre el nivel de los que le precedieron en los estudios toxicológicos, cualquiera que sea el punto de vista bajo que se le considere. Si es en la filosofía de la cien-

cia, le vemos dar una clasificación racional, le observamos sagaz en sus investigaciones, y profundísimo en cuanto á la manera de establecer las consecuencias. Si es en los detalles, podemos observarle minucioso hasta lo inconcebible, desde la acción que el veneno ejerce en el organismo, ó sea la fisiología de la intoxicación, hasta la parte química de la misma.

Había nacido para esa interesante especialidad. Su fama resiste los embates del tiempo y desafía el sudario del olvido en que jamás será envuelta, porque está dentro del templo de la inmortalidad.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

LA GIMNASIA CIENTIFICA.

Mucho se ha discutido sobre el valor terapéutico de la quinina, del emético y de la sangría. Sólo hay en el mundo un medicamento cuya eficacia no haya sido puesta en tela de juicio: en todos los tiempos y en todos los países han estado unánimes los médicos en considerar la gimnasia como el recurso más poderoso que tiene el hombre para conservar la salud ó curar las enfermedades.

Largo tiempo olvidada, á pesar de la tradición de las maravillas que se realizaban en los gimnasios antiguos, la gimnasia ha vuelto á adquirir boga al principio de este siglo, y en Francia ha llegado á ser célebre el nombre del coronel Amorose, por los notables resultados que obtuvo hácia 1840. Su celebridad duró algunos años, y fué preciso que la idea que predicaba, y cuya importancia era casi el único en señalar á sus conciudadanos, diese la vuelta á Europa para que Francia la acogiese y adoptase, amplificada y fecundada, pero, sobre todo, ornada del atractivo que para todo buen frances tienen las cosas que proceden del extranjero.

En Inglaterra, en Suecia, en Alemania, en Rusia, la gimnasia ha hecho milagros; y si alguna vez una institución debe operar la regeneración física y moral de un pueblo, es seguramente la institución de las escuelas en que los niños y los jóvenes aprendan á sacar el máximum de trabajo útil de sus músculos y de su cerebro.

Hoy, gracias á Dios, es opinión incontestable que la gimnasia forma hombres fuertes, sanos é inteligentes, restableciendo el equilibrio del físico y de lo moral que las condiciones artificiales de la vida civilizada hacen perder frecuentemente.

Todo el mundo cree en la eficacia de los ejercicios gimnásticos; pero no basta creer; es preciso demostrar, y las demostraciones no tienen valor

sino cuando se expresan por cifras los resultados.

Hasta ahora no se había intentado, como acaba de hacerlo el doctor Burcq, fijar en proporciones numéricas las ventajas del ejercicio físico, y establecer el balance de esa admirable máquina que se llama la economía animal.

El doctor Burcq ha hecho observaciones en un gran número de personas, encontrando en la Escuela normal de gimnasia de la Faisanderie un precioso campo de experimentos. Los comandantes Grellet y Canonnier que dirigen este admirable vivero de *monitores* destinados al ejército, se han prestado de buena voluntad á las investigaciones del sabio médico, y éste ha podido ya dar á conocer los resultados de seis meses de estudios, cuya exactitud no deja nada que desear.

Hóysabemos, gracias á más de mil observaciones, que los ejercicios gimnásticos producen:

1.º Aumentar las fuerzas musculares de 23 á 38 por 100, y equilibrarlas, más de lo que están, en las dos mitades del cuerpo.

2.º Engrandecer la capacidad pulmonar en una sexta parte por lo menos.

3.º Acrcer el peso de los hombres hasta un 15 por 100, disminuyendo, sin embargo, el volumen. El aumento de peso es en beneficio del sistema muscular, como lo demuestra el exceso dinamométrico.

M. Burcq ha observado que el aumento de fuerza se verifica con sus caracteres más marcados en la primera mitad del tiempo que se emplea en la Faisanderie.

Estas investigaciones son muy notables, y al doctor Burcq le cabe el honor de ser el primero en publicar los felices resultados de la gimnasia, resultados afirmados por el concurso simultáneo de la medida, el peso y la dinamometría.

Creemos, sin embargo, no quitar nada á su mérito añadiendo que las investigaciones del doctor Burcq en la Faisanderie en personas adultas y de buenos músculos, no representan más que una parte de la verdad.

Una persona cuyo nombre va unido á todos los progresos realizados en gimnasia en los veinte últimos años, M. Eugenio Paz, ha estudiado por su parte los resultados que produce el ejercicio físico metódico en ciertos enfermos y en gran número de individuos, artistas, literatos, hombres de ciencia, cuyos músculos son menos voluminosos que los de los soldados que maniobran en la escuela de la Faisanderie.

Operando con la variedad infinita de aparatos que ha logrado reunir en su Gran Gimnasio, M. Paz ha podido demostrar, con cifras igualmente, la potencia que adquieren los órganos de los que se someten á ejercicios metódicos, y hace reconocer per-

sonalmente á todos la exactitud de la ley que M. Bureq ha formulado, y en cuya virtud el volumen del cuerpo disminuye, al mismo tiempo que aumenta el peso.

Tambien ha confirmado M. Paz los resultados obtenidos por el sabio médico sobre el aumento de la capacidad pulmonar. La igualdad de resultados en ambas investigaciones, hechas con idéntico rigor, pero obtenidas en condiciones distintas, da un gran valor y una confirmación indudable á las observaciones del doctor Bureq.

E. VIVIEN.

(La Nature.)



APUNTES CRÍTICOS.

El Ateneo científico y literario de Madrid, ó sea, para nosotros, la primera y más respetable corporación científica española, ha inaugurado sus enseñanzas del presente curso el viernes 3 del corriente.

Abrió las ya venerables puertas una de sus figuras más simpáticas y acaso la personificación más alta de la constancia y desinterés con que allí se rinde culto al estudio, el Sr. D. José Moreno Nieto.

Este sabio profesor es uno de los que con más esmero y solicitud cuidan de mantener vivo en aquel recinto el fuego sagrado de la ciencia. Ninguna otra voz ha dejado oír en el ámbito de su cátedra acentos más elocuentes; ninguno ha respirado con más amor la acalorada atmósfera de sus pasillos; ninguno se mantuvo jamás tan firme cerca de la mesa de su excelente biblioteca.

Cuando fatigado el cuerpo y la mente por nuestros trabajos habituales, ó heridos y asendereados por las amarguras que el mundo proporciona en tal abundancia, buscamos sabroso retiro en los despejados salones del Ateneo y empujamos dulcemente la mampara de su biblioteca, no podemos menos de sentir que extraño sosiego apaga el fuego de nuestra sangre como si penetrásemos en la feliz mansion del olvido.

Allá, en el fondo de la estancia, percíbese siempre la figura inteligente del Sr. Moreno Nieto que, con la frente descansando sobre su mano, muéstrase absorto en la lectura de algun libro.

Diriase al verlo que nos hallábamnos en presencia de un sacerdote del paganismo inmolando noche y día víctimas sobre el gran libro de la sabiduría humana. Mas la víctima aquí, desgraciadamente, es nuestro sabio amigo, que sacrifica su ya quebrantada salud, un renombre más brillante en la política, sino más verdadero, y una vida regalada y ociosa, en aras de la cultura patria.

Pocas, muy pocas veces ha fijado el distinguido orador sus ideas sobre el papel. Quizá su pensamiento indómito y fogoso encuentre más cómoda salida en esa palabra rápida, nerviosa, alterada, que tan bien le caracteriza.

Esta vez, sin embargo, cediendo á la costumbre y al precepto reglamentario, el presidente del Ateneo leyó ante una ilustre concurrencia su discurso inaugural. Y tambien esta vez pudimos contemplar al Sr. Moreno Nieto con frase apasionada y culta defender la bandera que años há mantiene enhiesta, la bandera del puro espiritualismo.

Sigámosle en el curso de su brillante oración.

Aspira el Sr. Moreno Nieto con ella á refutar algunos de los errores filosóficos más esparcidos en nuestra época, y da comienzo por el sistema de Kant. Consagra á este filósofo algunos párrafos, en que tal vez se eche de ver alguna acrimonia al comentar y juzgar la primera parte de su sistema ó sea la *Crítica de la razón pura*. No hallamos justa la insistencia con que el Sr. Moreno Nieto califica sus doctrinas de escépticas, pues lo que verdaderamente representan es una situación intermedia entre el dogmatismo y el escepticismo. Rechazando este filósofo toda certidumbre *á priori*, destruye los anteriores sistemas de un carácter eminentemente dogmático; pero sustenta al mismo tiempo contra el escepticismo, que nuestra inteligencia contiene formas para la generalidad y para la necesidad. Tampoco debe echarse en olvido que Kant ha sostenido la autonomía y el valor absoluto de la conciencia moral, independiente de toda teoría y bajo el sentido de imperativo categórico.

Termina esta primera parte del discurso con una hermosa y conmovedora apología de la idea de Dios, donde brillan el fuego del creyente y la inspiración del poeta.

Pasa despues á examinar la doctrina conocida con el nombre de positivismo, y rebate con energía sus ingeniosos argumentos y peligrosísimas conclusiones. Aunque adheridos sinceramente á esta noble defensa del espíritu, nuestro sentir es que el señor Moreno Nieto no ha querido apreciar en su verdadero é intrínseco valor la escuela que pretende destruir. La importancia de ella y su propagación es tal, que merece se estudie con más escrúpulo el pensamiento de tantos y tan sagaces pensadores como hoy la ilustran, ántes de lanzarla con menosprecio en la region de lo ridículo y lo absurdo. La ley evolutiva que absolutamente rechaza es aceptada en la actualidad por muchos de los afiliados á los grandes sistemas idealistas producidos en la Alemania, y en cuanto á la hipótesis de las creaciones especiales en que parece detenerse nuestro elocuente profesor, dudamos que hoy exista ningun naturalista serio que la sustente.

«Aparte de que nadie ha encontrado jamás una prueba directa ni indirecta del acontecimiento de una creación especial y de que nuestra ignorancia acerca de la manera cómo se han producido no nos autoriza á afirmar que deben su existencia á este procedimiento, ¿cómo explicar, según apunta Herbert-Spencer con acierto, esa incesante y sangrienta lucha en que viven y han vivido siempre las especies? ¿Para qué sirve ese enorme sufrimiento que no da ocasión á ningún provecho compensador? ¿Qué fin se persigue en esta recíproca destrucción? La soberana bondad del Creador no puede conciliarse con estos hechos dentro de aquella teoría, y es necesario recurrir á la hipótesis evolutiva si se quiere hallar una cumplida y satisfactoria explicación. La hipótesis de las creaciones especiales no tiene un hecho positivo y concreto en que pueda apoyarse, y tampoco entendemos que satisfaga ninguna necesidad del espíritu, pues que no forma parte integrante de la doctrina idealista.»

Las palabras con que el ilustre presidente del Ateneo lamenta la teoría ética en que viene á claudicar el positivismo son vigorosas y amargas. Al ver cómo se profanan y se asientan los hermosos ideales que encantan la vida del alma, al sentir en el corazón el frío puñal del materialismo, expresa sus angustias en esta forma: «Después de quitado Dios, y la vida moral, y la inmortalidad del alma, dejad que esa doctrina inspire á los hombres y los dirija. ¡Qué horror, señores! Pronto el mundo presentaría aquel cuadro aterrador de desolación y espanto que nos pinta Byron en las tinieblas.—Y para el individuo, vivir y gozar siempre, apurar la copa de los placeres materiales y sensibles, sumergirse en ellos hasta lograr la hartura, y después morir muerte eterna, ¡oh, qué degradación, y qué suprema desventura, y qué destino tan triste y desconsolador! ¿Qué haríamos de esos instintos sublimes que se llevan á las grandes cimas? ¿Qué de sus aspiraciones generosas? ¿Valdrían la pena de nacer y morir esas alegrías y placeres tan fugitivos seguidos siempre de deajo amargo? Por otra parte, ¿á dónde irían á parar la nobleza del carácter y la grandeza moral? Privada la humana naturaleza de esa levadura que da el ideal y que levanta el espíritu, le dignifica y avalora; la vida sería toda abyección y envilecimiento...»

Se ocupa después en el exámen del panteísmo, y extrema con harta violencia sus ataques á una doctrina que, pese al abstracto espiritualismo, ha creado todos los grandes sistemas idealistas y ha infundido el calor y la vida en todas las grandes religiones. Sistema que, por tener una existencia jamás interrumpida en la historia del hombre, manifiesta bien paladinamente que sus raíces deben buscarse en los profundos senos de la conciencia. No ha sido

traída á juicio, en verdad, por el Sr. Moreno Nieto con aquel respeto y atención con que deben juzgarse las ideas que palpitan por muchos siglos en el corazón de los pueblos y en la mente de los filósofos. Tratemos de reconocer algunas de sus observaciones que tenemos por precipitadas, á fin de esclarecer lo que á nuestro sentir ofrece oscuridad en el discurso del sabio presidente.

«En el panteísmo, dice, que, como el de Espinosa y Krause, construye la teoría sobre la categoría ó el concepto de la sustancia, las cosas ó seres del mundo no sólo son de Dios, sino que Dios es únicamente, aunque los citados autores lo nieguen, todas esas cosas tomadas juntas y vistas fuera de su limitación. Por donde puede asegurarse que Dios no es un ser, puesto que carece de lo que constituye el carácter fundamental del ser, es decir, la individualidad; él no puede ser un sujeto, el uno, el absoluto, el infinito; sino un adjetivo, lo uno, lo absoluto, lo infinito, ó, lo que es lo mismo, lo neutro, lo indeterminado: todo lo cual significa que no es Dios.»

La conclusión nada tiene de lógica. De que Dios no sea un individuo, separado del mundo, opuesto á él y por lo mismo limitado por él, y si por el contrario, *el ser* infinito, del cual todo objeto en el universo es una representación ó un fragmento, en el cual y por el cual viven todas las cosas en una dependencia absoluta, no acertamos á entender cómo se deduce que no sea Dios. Por Dios lo han tenido y adorado las religiones más esparcidas sobre el orbe de la tierra, excluyendo á las semíticas, y por Dios lo reconocieran la mayoría de los filósofos desde Platon á Hegel, y también los más grandes entre los Santos Padres del cristianismo. Para que Dios se revele al hombre y se constituya una religión, basta que el ser finito proclame su dependencia del infinito, porque la religión es ante todo sentimiento, intuición, sentido de lo infinito, sin que sea necesario concebir á Dios como una personalidad, ni hacerlo, á nuestro ver, objeto de un conocimiento metafísico. ¡Estrecho y prieto círculo asigna el Sr. Moreno Nieto á la religión! ¿Por qué un Dios individuo, con atributos formulados en los libros y en las tradiciones, cuando para hallarlo basta descender á lo más profundo del santuario del alma? Allí se agitan dos tendencias que constituyen el principio y el fin de la vida, la que impulsa nuestro ser á la afirmación de sí mismo, y la que nos mueve á extinguir nuestra individualidad en el eterno todo. La religión no es dogma. El dogma es la expresión tan sólo de este sentimiento que vive en nosotros. Para ser religiosos no necesitamos creer en esa trascendencia divina que tan acongojado trae al autor del notable discurso que estudiamos; es bastante que busquemos con

viva fe y adivinemos en todo lo que vive y se agita dentro del universo, lo infinito y lo eterno. Haciendo caso omiso de los datos metafísicos ó intelectuales con que se ha procurado definir la religion, ¿no quedan todavía en el corazón humano emociones, presentimientos, adivinanzas, que son el verdadero contenido de la esfera religiosa?

El mismo Sr. Moreno Nieto hace justicia á esta doctrina cuando exclama: «Y, sin embargo, señores, esta concepcion, digamos la palabra, tan estúpida, es la eterna tentacion del pensamiento humano, es el abismo adonde ha ido á sumergirse en todas las épocas de su mayor vitalidad y de más alta grandeza. ¿Qué misterio es este? ¿Por qué fascina tan á la continua la humana inteligencia?» Y nuestro presidente lo explica, porque el panteísmo ofrece á la razon el alimento que la conviene, lo uno absoluto é infinito.

Así es en efecto, el panteísmo, tomado en un amplio sentido evolutivo, se amolda por completo á las exigencias de la razon. Pero no complace ménos á nuestros sentimientos íntimos, á nuestras efusiones místicas, á nuestra sed de lo infinito. Preguntádselo sino á esos seres despegados de la tierra y apasionados de los cielos, á esas almas que viven con el amor de Dios, y os hablarán un lenguaje que no es el del frío trascendentalismo, ni siquiera el de la teología dogmática, sino el lenguaje universal de los creyentes, el del sér limitado que quiere apagar el fuego que le devora en el Océano de lo eterno. No ha mucho tiempo que el que estas líneas escribe escuchaba en la plática de un virtuoso prelado de la Iglesia frases muy semejantes á las que usaron Espinosa, Hegel, Schleiermacher, Danb, Marheineke, y tantos otros partidarios de la inmanencia de Dios en el mundo. Sin sorpresa las hemos oído, porque el que en su corazón siente la voz de lo infinito tan clara y armoniosa como el venerable prelado á que aludimos, no puede usar el lenguaje de la abstraccion.

Más nos extenderíamos en la consideracion de tan elevados asuntos, á consentirnoslo la índole de estos ligeros apuntes. Antes de terminarlos, haremos constar que la forma del último discurso del Sr. Moreno Nieto, con ser tan escasas las veces que hemos podido apreciar algun escrito suyo, es bella y correcta, como la obra de un elegante y experto escritor.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

LOS IDIOMAS DE LA AMÉRICA LATINA.

El célebre obispo de Chiapa, fray Bartolomé de las Casas, deseaba tener una version castellana de las *Pláticas*, y rogó á su amigo el Padre Olmos hiciese una traduccion, á lo que accedió el sabio burgalés. Pues bien, el referido cronista sienta que si es cierto que las *Pláticas* en español tienen toda la esencia del libro, las bellezas literarias en mejicano son tales que no permiten traducirse sin perder una gran parte de su mérito, sea cualquiera el idioma á que quieran verse, y por grande que sea tambien la erudicion y talento del que lo haga.

Reconoce ese autor que es un bien la traduccion, porque así sólo pueden estudiarse por muchos las pláticas y los preceptos de moral que encierran; y afirma que nadie tan competente como el eruditísimo Padre Andrés Olmos, pero que, como *La Divina Comedia* del Dante, es literariamente intraducible.

Por lo mismo Olmos la imprimió solamente en mejicano, enviando más tarde la version castellana manuscrita, á peticion de su amigo.

No fueron los apuntados (con ser tantos y tan importantes) los únicos trabajos de este entendido obrero de las ciencias antropológicas.

Escribió Memorias en castellano sobre diferentes motivos, referentes unas á los indigenas, otras á la historia y trabajos de los misioneros.

Confiesa el Padre Jerónimo de Mendieta que para la confeccion de su obra *Historia eclesiástica indiana* se aprovechó de los escritos inéditos del esclarecido burgalés.

Causa admiracion, indudablemente, ver reunidas en este hombre fenomenal dotes tan superiores y tan diversas.

La abnegacion del Padre Olmos le induce á dejar la comodidad que le brinda su puesto al lado del arzobispo Sr. Zumárraga, por los peligros y las privaciones del que ejercita su ministerio entre salvajes; pero sabio, prudente y humano, no va á sustituir un fanatismo por otro fanatismo.

Penetra en las miserables chozas del indigena que vive entre las selvas, predicándole la religion del Mártir del Gólgota con dulzura, con amor. Enseña al indio que todos los hombres somos hermanos, atendiéndoles en sus enfermedades, apagando los odios de las tribus entre sí, hablándoles de la paz y fraternidad; pero no fanatiza, no convierte al hombre en máquina, como los jesuitas en el Paraguay, Canadá y otras regiones.

Se dirige á investigar los monumentos de los na-

* Véanse los números 140 y 141, págs. 372 y 605.

turales; pero no llevan sus manos la tea de negra intolerancia que destruye, como hicieron tantos ignorantes á título de enterrar los ídolos.

Al contrario; es el curioso erudito que va á estudiar una civilización antigua; es el sabio que traduce los geroglíficos de un pueblo que se extingue, para dejar de ello la más cumplida memoria; á interpretar las tradiciones de las gentes que catequiza.

Olmos es la encarnación más pura del misionero civilizador; sus merecimientos son superiores á todo elogio. Su noble figura se destaca la más elevada en la historia de aquellas misiones.

El nombre del venerable Padre fray Andrés Olmos tiene indisputable derecho á un puesto de honor en todas las *Sociedades antropológicas* del mundo por sus inmortales trabajos etnológicos. Con sus libros levantó una columna en el majestuoso edificio de la *Ciencia del hombre*.

Las repúblicas del seno mejicano han contraído para con este sabio y benéfico misionero una deuda que estoy cierto han de solventar.

Búrgos ¡ah! en su patria, ¿existe siquiera una calle que lleve el nombre de tan esclarecido hijo?

Murió Olmos en el Nuevo-Mundo á la edad de 81 años en Noviembre de 1574.

MOLINA. Empezaba la conquista de la Nueva-España, cuando en la pequeña villa de Escalona (provincia de Segovia) nació Alonso de Molina. En ella aprendió á leer y escribir bajo la dirección de un tío suyo, sacerdote.

Contaba apenas once años cuando se embarcó para Méjico con sus padres, dedicados al comercio. Allí, con el frecuente trato de los muchachos indígenas, llegó á poseer el idioma mejicano con singular soltura en pocos meses.

Por esa circunstancia, siendo aún adolescente, el guardian de los franciscanos pidió á los padres de Alonso que le permitiesen tenerle en el convento á fin de que sirviese de intérprete á los frailes que no sabían la lengua en sus excursiones por el campo, ofreciéndose en compensación educar y dirigir al niño, que ya se distinguía por su precocidad intelectual y había de ser una celebridad andando el tiempo.

Dedicado de esa manera Molina á ayudar á los misioneros, tomó desde luego afición marcada á la profesión del catequista, y comenzó con ardor el estudio del latín, de la filosofía, y más tarde de la teología, señalándose también por su aplicación al importante conocimiento de la historia, á cuyo estudio dedicaba muchos ratos.

Llegado el momento oportuno, profesó en la orden, y después, ordenado de misa, desempeñó varios cargos de su ministerio, trabajando con preferencia en la predicación, por el gran conocimiento

que tenía de la lengua, no-ménos que por su pericia en la ciencia.

Fueron muchísimos los indios que convirtió con su ardiente celo y con la elocuencia de su palabra, principal circunstancia para atraerse al indio.

Señalábase el erudito franciscano por una laboriosidad incansable; así que el tiempo que le permitía la pesada tarea del catequista, le empleaba por mitad en el estudio y en la composición de libros útiles, que habían de granjearle la alta reputación y prestigio de que, aun en vida, se vió rodeado este obrero benemérito.

Varias son las obras que la posteridad alcanza de su constante trabajo.

Debemos contar como la primera el *Arte gramatical de la lengua mexicana*; libro en octavo, abultado y regular edición; goza de justa fama.

Está impreso en la ciudad de Méjico en la imprenta de Juan Pablos, primer impresor de estos reinos, en 1537.

Vocabulario de la lengua mexicana y castellana, libro en folio, obra estimada y rarísima actualmente, dada á luz en dicha oficina tipográfica.

Es también composición de Molina el *Aparejo para recibir la sagrada comunión*, en lengua mejicana y castellana.

Cuéntase esta obra como uno de los más bellos modelos de elegancia de la literatura mejicana, y de las más notables del autor.

Como su nombre lo indica, es un libro ascético, escrito con el fin de enseñar á los indios lo que es aquel misterio, y á los misioneros lo que deben hacer para preparar á los indios al Sacramento de la Eucaristía.

Confesionario mayor y muy cumplido, en mejicano; libro que con mucha extensión abraza todos los casos que pueden presentarse en el confesionario; la manera de preguntar según las edades y sexos, etc.; acomodándose á la mayor ó menor rudeza de los confesados. Bastante notable, literariamente considerada, es ya muy escasa esta obra.

Vida de nuestro P. San Francisco; traducción del castellano al mejicano, para lectura de los indios que supiesen: en folio menor, y elegante lenguaje.

Todas estas obras vieron la luz en Méjico; y «de ellas, dice Torquemada, se ayudan mucho todos los ministros de la iglesia, los indios y muchos españoles seglares.»

La mayor parte de los biógrafos no citan de esas obras más que el *Vocabulario* y el *Arte gramatical*. De éste, varios autores dicen, poco más ó ménos, lo que la obra francesa titulada *Biographie portative universelle* (Paris, 1861): «C'est le plus ancien livre imprimé en Amérique;» estas son sus palabras, que con pocas variantes se han estampado en mu-

chos *Diccionarios biográficos* y se han vertido á más de un idioma.

Esto no es exacto, y es muy sensible que hasta españoles hayan copiado una frase tan gratuita.

El primer libro impreso en el mundo de Colon lo fué la *Escala espiritual para llegar al cielo* (traducción castellana), y vió la luz en 1533 con las prensas que Juan Pablos llevó á Méjico al comienzo del año anterior.

Es más, ni en idioma mejicano fué el *Arte* de Molina lo primero editado en Méjico.

Alfonso de Molina murió en Méjico en el año de 1584, y sus restos descansan en el convento de San Francisco de la misma ciudad.

SAHAGUN. En el último año del siglo XV y en la antigua villa del mismo nombre, vino al mundo Bernardino de Sahagun.

Uno y otro habían de ilustrarse por el saber y los escritos del, á la sazón, recién nacido castellano.

No hay noticias de sus primeros años, pero debería ser hijo de padres un tanto acomodados, pues consta que siendo estudiante de leyes en Salamanca, tomó el hábito de franciscano en el convento de esa ciudad.

Corría el año de 1529, cuando se le destinó á evangelizar á Nueva-España; y cuenta un cronista que estaba dotado, cuando joven, de mucha belleza de rostro y de apuesta figura, por lo que los prelados le apartaban en un principio de la vista de las mujeres.

Dedicó diariamente muchas horas al estudio de los idiomas del país, aprendiendo luégo, y del modo más perfecto, la lengua mejicana y algunos dialectos.

Como no pocos otros de sus compañeros, Sahagun estaba dotado de una laboriosidad incansable, á juzgar por sus muchas y notables obras.

Escribió un *Vocabulario trilingüe, en mejicano, latin y castellano*; libro rarísimo y muy buscado.

Compuso muchos *Sermones* en el propio idioma, algunos de los cuales son modelos de oratoria en el lenguaje nahuatl.

Es también suyo el libro titulado *Plática para despues del bautismo de los niños*, que como los anteriores se encuentra impreso.

Accediendo á la petición de los indios cristianos de Xuchimilco, tradujo al mejicano la vida de San Bernardo, patron de la parroquia.

Postilla sobre los evangelios y epístolas, es el título de un libro en mejicano en que se expone la doctrina evangélica de muchos dias del año, con consideraciones puestas al alcance de la inteligencia de aquellos naturales. Tiene correspondencia castellana.

Lleva la obra el doble objeto de guiar á los mi-

sioneros que aún no poseyesen con toda propiedad el lenguaje para sus conversaciones con los indios en materias de religion, y significado del evangelio de los dias más notables del año.

En castellano escribió un libro con el título de *Doctrina para los médicos*; no sé el objeto de él, pero dicen ser muy notable.

Por último, la obra más interesante de este autor, segun los cronistas de su orden, era la que escribió bajo el título de *Materias de las cosas antiguas que los indios usaban en su gentilidad*; once tomos en folio.

Fué este el trabajo predilecto del venerable Sahagun; pero fué con él muy desgraciado.

Dicen Torquemada y otros autores de Indias que un gobernador del distrito, un tal Castaneira, sustrajo solapadamente con engaños á su autor el manuscrito, y le remitió á un cronista de Madrid que pedía papeles de América.

Laméntase el instruido autor de la *Monarquía indiana* con la idea de que obra tan excelente, caida en manos de quien desconocía el lenguaje en que estaba escrita, fuese á servir de envoltorio de drogas.

Fué pérdida que acibaró los dias del P. Sahagun.

Contenia el libro extensas noticias sobre las costumbres de los indígenas, de sus ritos, idolatrías, armas, leyes, ceremonias y demas. Estaba escrita en verso mejicano, con notas en latin para mayor inteligencia de las materias que se tocaban.

Lástima grande que tan bello trabajo fuese arrebatado á la posteridad por un necio.

De este libro dice el reverendo P. Juan de Torquemada, que le *había leído, que era obra de maravilloso artificio, y una joya literaria en el idioma anahuac.*

Dos fines, ambos muy nobles, tuvo en vista el autor al confeccionar este monumento literario. Fué el uno, conservar noticia viva de cuanto era perteneciente á los indios; fué el segundo, dejar memoria de todo esto, empleando el verso en toda su pureza, en que fuera consignada la propiedad del lenguaje, su naturaleza, giros é índole, *por considerar que con el trato de los españoles y de los indios de otras comarcas, empezaba la lengua á corromperse, perdiendo su belleza.*

Murió de más de noventa años de edad en 1590 este ilustre castellano, gloria de su orden.

RAMIREZ (Fr. Juan Ramirez), fué zaragozano, más no existen datos acerca de sus primeros años.

Sábese únicamente que profesó en el convento de padres dominicos de dicha ciudad, y que mandado como misionero al Nuevo-Mundo, ejerció el ministerio en Méjico y despues fué nombrado obispo de Guatemala.

Hizo una traducción en lengua mejicana del *Ca-*

tecismo de la doctrina cristiana, cuya obrita, dedicada á los misioneros, se publicó en la ciudad de Méjico el año de 1537, en la imprenta de Juan Pablos.

RIVAS (Fr. Luan Rivas) fué, según nuestros informes, natural de Trujillo (Extremadura). No se conservan noticias de su juventud; pero se sabe que habiendo entrado en la orden de San Francisco, fué misionero á Méjico. Pasado algun tiempo, fué guardián del convento de Cuernavaca y despues del de Méjico. Dicen se singularizaba por su mucho ingenio.

Considerábasele como uno de los más peritos de su época en la lengua mejicana; y en ella compuso *Autos de varios misterios de la religion católica*, á modo de comedias, los cuales hacía representar á los indios, ó recitarlos, con la idea de que aprendidos en su idioma, no olvidaran fácilmente los ejemplos que se les enseñaban en ellos.

Tradujo al mejicano muchas *oraciones de la doctrina*; escribió en dicho idioma los *Sermones dominicales de todo el año*, algunos, modelos de elocuencia.

Preguntas y respuestas acerca de la doctrina cristiana; conferencias (tambien escritas en mejicano) para la instruccion de los indios en la religion.

Es obra que recomiendan varios autores con elogio.

Por último, tradujo al idioma mismo el *Flos Sanctorum*. Y por tan asiduos trabajos, era apellidado el *Santo*, no ménos que por su conducta.

Murió el 23 de Junio de 1562.

Perez (Fr. Manuel Perez), monje agustino, dice él mismo, hijo de la santa provincia del Santísimo Nombre de Jesus, cura-ministro por S. M. de la parroquia de los Naturales del real colegio de San Pablo, y catedrático de idioma mejicano en la Universidad de Méjico.

Escribió el *Arte del idioma mexicano*, dedicado á la santa provincia del Santísimo Nombre de Jesus, con licencia.

Está impresa en Méjico, por Francisco Rivera Calderon, en la calle de San Agustin, año de 1713.

En el parecer que para su impresion da el reverendo Fr. Francisco Rodríguez, dice acerca del mérito de la obra estas significativas palabras:

«Y en todo lo que he visto admiro que como gran maestro de la lengua, se adelanta á los Bautistas, Galdos, Carochis, Avilas, y Vetencures, que hasta hoy habian reducido á reglas las intrincadas voces del idioma; y á una gramática clara lo difícil de esta lengua.»

Otros autores no escasean tampoco las frases laudatorias para la gramática de Perez.

Es, con efecto, un grande progreso, en cuanto al

método de los trabajos anteriores; y el capítulo de las pronunciaciones es hijo de un profundo estudio; y bien claro confiesa el autor «haberle costado el estar encerrado en el retiro de la celda muchos dias, haciendo gestos y visajes para descubrir la situacion de cada pronunciacion; circunstancia tan indispensable en el idioma, que, aunque teóricamente se sepa mucho mexicano, de nada servirá sin pronunciacion exacta.»

Y eso por lo mucho que varía el significado de las voces, con sólo la diversidad en pronunciarse una letra.

Es tambien de este autor la obra titulada *Farol mexicano*, escrito en este idioma y dedicado á los sacerdotes para su instruccion en la administracion de sacramentos, etc.

El Dr. D. Antonio de la Gama hace de este libro grandes elogios por *lo escogido y elegante del lenguaje*, y por la oportunidad de haber puesto á su final el autor una gran porcion de sinónimos para ilustracion de los que manejen la obra, que se imprimió en Méjico en 1710.

VETANCURT ó BETANCURT (Fr. Agustin de). Hijo de la provincia del Santo Evangelio, observante de la orden de San Francisco, preceptor de lengua mejicana y vicario de la capilla de naturales en el convento de Franciscanos de Méjico.

Nació en el primer tercio del siglo XVII: no tenemos noticias de la educacion de sus primeros años.

Estudió filosofia y teologia en dicho convento.

Compuso un... *Arte de la lengua mexicana*, dispuesto por orden y mandato del R. P. Fr. Francisco de Treviño, padre de la santa provincia de Búrgos y comisario general de todas las de Nueva-España en la orden de San Francisco.

Dedicado al bienaventurado San Antonio de Paula.

Con licencia; impreso en Méjico por Francisco Rodriguez Lupercio, 1673.

Tiene el libro en la portada un grabado, representando á San Antonio. Adjunto al tomo acompaña una *Instruccion breve para administrar los Sacramentos de la Confesion, Viático, Matrimonio y Velaciones*. Además un *Catecismo de doctrina cristiana*, por el mismo autor, dado á luz en la misma imprenta.

La *Instruccion* está en lengua mejicana y castellana; la *doctrina* sólo en mejicana.

Pero la obra más estimable de Betancurt es la titulada *Teatro mexicano*; reflejo de las costumbres del país, y escrito en aquella lengua con todas las galas de la oratoria y el criterio del historiador.

Los trabajos de este ilustre literato le colocan entre los más preclaros, y como tal se encuentra citado por no pocos autores.

Al final de su *Gramática* va una excelente *Instruccion* para administracion de Sacramentos.

De ella copio los períodos que siguen:

Pregunta: ¿Cuix moyollocacopa timonamictia? ¿Cuix cmitzcuittlahuili? = Traducción: ¿Te casas por ventura de todo corazón? ¿Te ha impulsado alguien quizá?

N... ¿cuix moyocacopa mocializtica tiemo namictia in izcatqui zihuatzintli itoca? = Fulano, ¿de todo corazón y de tu consentimiento te casas con esta mujer que está presente?

¿Motlanequiliztica tiemoceli lia inican atqui itoca... N... inic teoitica ticmonamictic? = ¿De tu espontánea voluntad recibes al que aquí está, fulano, para que sea tu esposo?

Notlaçonamictin inin matzatzaztli, yhuanzihua ne malli nimitnonemactilia, inezca, ymàchio in Santo Sacramento nenamictiliztli = Querida esposa mía, este anillo y estas arras os donó en señal de santo matrimonio.

Yuh nienocelilia. = Así las recibo.

Etc.

CAROCHI. El reverendo misionero Horacio Carochi, no sin razón apellidado el *Ciceron mexicano*, era jesuita, y, según nuestras noticias, natural de Florencia.

Todos los autores afirman que estaba dotado de raro talento y que posía vastísimos conocimientos.

Compuso una *Gramática de la lengua mexicana*, en la cual se extendió muy de propósito en el interesante capítulo de los *adverbios*; tratado hasta entonces nada bien estudiado, y con el cual adujo un verdadero progreso para la literatura mejicana.

Así lo consignan no pocos escritores que hacen cumplido elogio de los talentos del P. Carochi y de sus trabajos literarios.

Dicha obra se halla impresa en Méjico.

Según referencias de algunos escritores, Carochi compuso varias otras obras; pero carezco al respecto de otras noticias. Sólo puedo citar *Sermones* en mejicano, que dicen ser modelos de elocuencia.

XIMENEZ (Fr. Francisco). No dicen las tradiciones de qué pueblo de España era nacido este misionero franciscano. Se embarcó (inmediatamente de ordenado) para América, y en Méjico cantó su primera misa, que parece fué la *misa nueva* primera que se celebró en aquellos países. Así cuenta un autor de su orden.

Fué uno de los primeros, entre sus compañeros, en aprender la lengua mejicana, que llegó á poseer con suma perfección, poseyendo también las griega y hebrea.

Compuso Ximenez la *primera Gramática y el primer Vocabulario* que se hayan escrito del idioma mejicano. El autor de la *Monarquía indiana* dice que él estudió la lengua de los indígenas por el *Arte gramatical* de Ximenez, y que tenía muy buenas cosas.

Pasados algunos años, como hubiese varios libros escritos en mejicano por diferentes autores, se dió particular comisión á éste para que los examinase todos.

Murió en Méjico á mediados del siglo XVI, y sus restos descansan en el convento de San Francisco de aquella ciudad.

TORAL (Fr. Franciasco). Natural de la ciudad de Ubeda, en Andalucía: no hay noticias de su niñez.

Profesó la religión de San Francisco en el convento de franciscanos de su ciudad natal.

Fué mandado á Nueva-España para misionero, y desembarcó en Veraeruz.

Aprendió la lengua de Méjico, pero habiéndosele ordenado que penetrase en las comarcas de *Tecamachalco*, á fin de catequizar á la nación Popolaca, vióse en la precisión de estudiar el idioma de este país, que es dificultosísimo de comprender, y el que ningún otro europeo conocía á la sazón.

Vivió muchos años dedicado á su penoso ministerio, y fundó el convento de Tecamachalco.

Fué electo custodio para representar á los franciscanos de Méjico en el capítulo general de los de su orden celebrado en Salamanca en el año de 1553: finalizado su cometido, regresó á Nueva-España al siguiente año.

Elevado á la silla episcopal el territorio de Yucatan, fué nombrado para obispo de la nueva diócesis; cargo que desempeñó algún tiempo: habiendo pasado á Méjico, murió en el convento de franciscanos de esa ciudad en el año de 1571.

Escribió el *Arte de la lengua popolaca y Vocabulario* de la misma. También *Doctrina cristiana* en el propio idioma.

No dice la *Crónica* si estas obras vieron la luz pública, pero afirma algún escritor ser el *Arte* metódico y claro como pocos.

SUAREZ (P. Pedro Suarez). Natural de la ciudad de Quito, nació á mediados del siglo XVI.

No se conservan noticias de su niñez, pero se sabe que en su adolescencia estudió con los jesuitas de aquella parte de América, haciendo después profesión en la Compañía llamada de Jesús.

Apénas ordenado de misa, fué destinado á evangelizar entre las dóciles tribus de Oas, permaneciendo con ellos algunos meses. Pero habiendo manifestado deseos de predicar á pueblos bárbaros, se le ordenó pasase á catequizar á la ruda nación de los *Abigiras*, que habitaba las orillas del río *Curaray*.

Partió muy contento á su nuevo destino, en compañía de otro individuo de la misma orden que permaneció con él hasta dejarle instalado algunas semanas.

A fuerza de mil trabajos y ciertas dádivas, logró que varios padres le permitiesen educar á sus hi-

jos en la doctrina, dándoles nociones de la religion cristiana.

Pocos meses despues, falto de muchas cosas, envió recado á las lejanas misiones de sus superiores; mas no llegó el recado, ignorándose su fin. Y como pasaba de un año que no había noticias de Suarez, mandaron á otro compañero á saber de este jóven y llevarle algunos auxilios...

Hallóse éste con un cuadro desolador. Su compañero no parecía; la pequeña iglesia por el suelo y todo destrozado, y no podía, en medio de su desconsuelo, inquirir qué había sido de Suarez por más que preguntaba; que ni él sabía la *lengua abigira*, ni los indios de aquellos parajes comprendían el mejicano.

Pero las señales no daban lugar á duda; allí había acontecido una catástrofe. Los rastros demostraban que el centro de aquellas tristes soledades habían sido, como tantas veces, testigo mudo de una escena sangrienta.

En la imposibilidad de practicar otra cosa, recogió una patena que yacía arrojada, algunos fragmentos de las vestiduras del jóven misionero y varios manuscritos del mismo, y con esas reliquias pasó á dar la mala nueva á sus superiores.

Dias despues, un capitán con algunos soldados y sesenta indios amigos fué á indagar las circunstancias de la muerte del mártir Suarez.

Así se supo que miéntras los del pueblo en embrión vagaban por el rio en sus pesquerías, el cacique *Quiriquare* con sus indios Cocamas, vecinos de los Abigiras, pero aún más feroces, había penetrado y devorado al P. Suarez, destrozado el pequeño templo y arrojado las cosas que no quiso llevarse el antropófago caudillejo.

Los indios Abigiras decían al capitán español en su idioma estas fatídicas palabras:

«*Xe vero patire Quiriquare,*» acompañando la acción de morderse los dedos para mejor manifestar el trágico fin de este malogrado obrero.

Xe vero patire Quiriquare, equivale á decir: se le comió el cacique Quiriquare...

Suarez tenía veintisiete años de edad, y su desgracia fué muy sentida entre los indios Oas, primeros en conocerle.

Entre sus manuscritos estaba un *Vocabulario de la lengua abigira* y la *Doctrina cristiana* en el mismo idioma, que los jesuitas conservaron é imprimieron.

MOGUER (Fr. Andrés). Andalúz, padre de la orden de Dominicos; fué de los primeros al Nuevo Mundo. Supo muy bien la lengua mejicana y algunos otros lenguajes de indios, y desempeñó cargos en varios conventos.

Floreció en el siglo XVI, y escribió *Sermonarios de todo el año en lengua mejicana*, de mucho mérito.

El obispo Dávila y Padilla, en el *Prólogo* de su obra *Historia de la fundacion y discurso de la provincia de Santiago de México*, de la orden de predicadores, Madrid, 1596, dice: «Este libro se escribió en las Indias, y así, se habla en él como desde ellas. *Comenzóle Fr. Andrés Moguer habrá cuarenta años...*»

Carezco de otros datos sobre este autor.

RENGINO (Fr. Andrés). Este misionero nació en la ciudad de Méjico, á estar á las noticias del obispo Dávila y Padilla, mas no señala el año.

En el convento de Dominicos de dicha capital, tomó el hábito é hizo la profesion de su orden.

Asegura dicho cronista que Rengino tenía verdadero don de lenguas, pues supo la *mejicana*, la *mixteca*, la *zapoteca*, la *mije*, la *chochona* y la *tarasca*, y en todas predicaba indistintamente.

Ejerció el ministerio del catequista en distintos territorios, y especialmente en las comarcas de Totontepec y de Jaltepec, habitados por los indígenas apellidado *míjes*.

Añade el citado cronista: «Fué gran maestro de indios y escribió en estas lenguas algunos *Tratados* y *Sermones*, é imprimio en Mexico los de las fiestas que se rezan en esta provincia evangélica por comunicacion con la de Andalucía.»

Era este misionero hijo de padre español y madre india y murió muy avanzado el siglo XVI.

Y puesto que no es fuera de lugar, apuntaré lo que Dávila dice de las lenguas *mixteca* y *zapoteca*:

«La mixteca, cuya entera pronunciacion de vocablos se vale la más veces de las narices, y tiene muchos equívocos que la hacen de mayor dificultad en su aprendizaje.

La zapoteca es en verdad la más llena en la pronunciacion, aunque no tiene los primores y elegancias que la mexicana, donde concurren admirables etimologías y derivaciones de grande propiedad.»

FERIA (Fr. Pedro Feria). Religioso de la orden de Santo Domingo, misionero entre los indios zapotecas; compuso, segun refiere un cronista, un libro titulado *Confesonario de la lengua zapoteca*, que afirma ser muy completo.

Floreció en el siglo XVI.

No apunta la patria de este misionero.

FÉLIX C. SOBROX.

(Continuará.)